

Don Juan
José Jiménez, con
la especial
atención del
Autor

BARRO

DE

SIGLOS

Quito, Diciembre / 32

144



ES PROPIEDAD DEL AUTOR

EN PREPARACION:

La Humildad de los Surcos

CUENTOS

El Rumor en la Fronda

POEMAS

860-3(866) Andrade

A 553 f

G.1

CESAR ANDRADE Y CORDERO

Barro de Siglos

CUENTOS

del ande y de la tierra

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº <u>10261</u> AÑO <u>1993</u>	
PRECIO	DONACION

004674-J.

CUENCA--ECUADOR

INDOAMERICA

1932

TIP. COLEGIO "BENIGNO MALO"

BIBLIOTECA

DE LA CASA DE LA CULTURA — Quito

REF. N° 1.401.....[▲]

FECHA DE CONSTATAACION .. Diciembre 1. 950....

VALOR \$/ 10,00.....

CLASIFICACION

Ofertorio

OFERTORIO

¡Oh mago país de Indias!.. ¡Oh mi joven América!..
hermosa Madre nuestra cortejada de mares
que muy jocundamente, como una infanta histórica
te ciñes cordilleras tal si fueran collares....
América, mimada por las frases monstruosas
de todos tus volcanes; América que agitas
en tus selvas tu noble cabellera de diosa,
que protestas y gimes, ríes y dinamitas.

América que pisas—como en un arquitrabe—
el Mar, con la fúnea bota de tu Tierra del Fuego
y que en Panamá extiendes una mano muy suave
a todos, en un gesto tan cordial como ciego....
América armoniosa de Chocano y de Nervo,
América rebelde del León de Nicaragua,
América del Brazo, América del Verbo,
del Canto, de la Idea y del Trabajo acerbo
—vertientes con que bañas el mundo, como el agua
de tu enorme Amazonas— que tienes una fragua
en cada latitud forjando tu pujanza
y que eres el alvéolo en donde la esperanza
del Mundo, como enorme esmeralda, descansa.

VIII

América que tienes en deferente rol
de tu historia, la huella de Colombia la Grande
donde Sucre, escarpando la cúspide del Ande
llevó su magna efigie a incrustarla en el sol.
América Grandiosa que alzas un obelisco
en cada monte tuyo, escarpado y arisco,
tal un brazo extendido para asirse del cielo
o cual monstruosa mano que ajusta la de Dios....
¡América! a tu veste va, en frenético vuelo,
ésta frágil y humilde guirnalda que el desvelo
del amor entreteje. Los otros continentes
como a princesa joven te brinden sus presentes
y sepau que, a las normas de Justicia y Razón,
tienes la extraña forma de un raro corazón.....



**B
A
R
R
O**

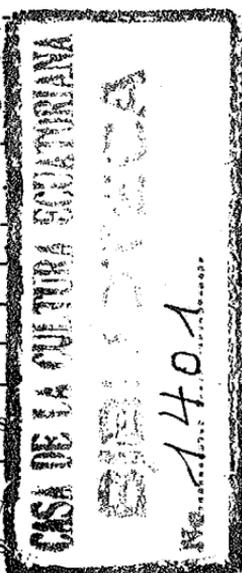
DE

**S
I
G
L
O
S**



AHI está. Acaba de ganar el repecho entre
 contoneos pausados de la cadera que ri-
 man con el vaivén de la shila colmada. Den-
 tro del barro, el agua y la tarde. El agua hur-
 tada a la corriente del río que, en el paisaje
 es un tío fresco que se ríe de todo. El río tie-
 ne una risa de señorón campanudo. El río ríe.
 Pero es una risa que se va, que se está yen-
 do siempre. Así lo sabe el paisaje que se que-
 da arrellanado en las vegas, regodeando dul-
 zura en la acogedora paz de las lomas, sonrien-
 do también con gajos de azul y púrpura cre-
 puscular que se hincha y brota en carcajadas
 desde las gargantas pardas de los mirlos, mien-
 tras en el pico de los tshaw—paw es gemido y
 congoja oscura, en la humedad aromada de los
 chaparros del monte.

Subió el repecho. Es ella. La Krucida.
 La Krucida Dutshi.



Está allá. . . . Casi no se la ve. La verdad, es tan morenuca que no se hace difícil confundirla con un terroncillo del haza oscura y próbida. Y, además. . . . ¡Con lo menudica y escurridiza que es! De ser encarnada, valdría decir una arveja en los tamos de las eras.

El viento de la siega en postrimerías, viento de paz que nutre como la ruda mashka saborosa y pesada que vuela de la mano a la boca, pan cenceño hermano del pan candeal, el viento de los cortes, aliento del buen Dios pródigo, del Dios de las lluvias fecundas y los ubérrimos frutos, mueve la saya de la rústica, florecida de joyas ázimas, tal la mata de retama en que se apoya.

Ecuménico ventarrón hace un arpa absurda de los barrotos del ventanal del molino. El agua empuja la vetustez de la rueda que, a las veces, canta una trova rústica y banal.

Trova que entraña el salmo del trigo y la abundancia. Voz geórgica que escuchara, en la libidinosa hora del sesteo, el excelso Marqués de Bradomín.

El Viento. El Agua. ¿Se enamoran? ¿Se acarician? ¿Se odian? ¿Se insultan?

Los dos —Viento, Agua— tienen bramidos

de kipa beoda, congojas y chanzas del jaguay corajudo que brota de los labios terrosos, besados de chicha y atropellados de insulto y requiebro keschuas; del jaguay que, con los clangores de las kipas, rueda por colinas y valles de esta comarca —ñusta abandonada del cortejo —del Kañar. De ésta, la Kañar de acá en setiembre, el mes bermejo y jocundo de la chicha y el cántico, de la espiga y el bromazo hecho caricia, bajo la nota vívida del cielo.

Es verdad que la piedra canta. Los paisanos lo afirman. Hay que oirlo. Sí: es él. El pedrón abuelo que, plácido y ronroneante, canta las cuitas—desde siempre —de las parejas que la neblina matinal vuelca a las puertas del chozón blanquito de arija :

Arroyitos de Dios,
 arroyitos de Dios . . .
 cuando al molino van
 si no es pan es arroz
 si es arroz ya no es pan . . .
 yagualán, yagualán . . .

* * *

La "voladora" y el molinero son dos hermanos. Dos hermanos de verdad. Cuando el mo-

linero se adormila, ella lo mima. Sus arrullos le rezongan lindezas, golosinitas, ternuras, pero ternuras tan de cierto tiernas que saben a hogaza, a leudo, a levadura olediza, a panecillos tibios, tibios

El molinero se estremeció.

Se estremeció al estrépito de alas de las tórtolas espantadizas. Abrió los ojos. Los pasó por entre los barrotes del ventanal arijado y trepidante de ventolina, como pájaros asustados. Sombras de alas esguazaban el río. Sombras de alas . . . Nada más en el río. Pero acá, en la eminencia, la Krucida.

Estaba espléndida. ¡había que ver lo espléndida que estaba la Krucida! Sobre la blancura de la lliella, su rostro tenía la augusta beatitud de las morenas tardes de los cerros. Y, justamente, bajo la tarde—estas tardes serranas con profundidades de laguna pajonalera, así de apacibles, así de transparentes, así de frescas y cristalinas—bajo el pabellón de la tarde de siega la linda mitaya, dulce y prieta como la “costra” de allende las hornerías olorosas de la nuestra veneranda Cruz del Vado—porque yo estoy acá, espigado de vacaciones—la Krucida es un colgadijo de gracia en el rotablo rústico de

la colina incendiada de sol y desfallecida de égloga.

Por los matorrales han comenzado a colarse las sombras. Grandes puñados de tiniebla van cayendo en los setos de los corrales lejanos, desde donde el ronco mugido de las bestias cansinas, es un golpe de ángelus arrancado a la augusta campana de cristal del cielo.

Va a ser la noche. La noche que, por aquí, es garrotazo aleve, traición de recodo, grito ahogado de víctima, alarido beodo, eco de jaurías que encienden ojos bizcos de ídolo kañari.

Allí, bajo la tarde, a filo mismo de noche, estaba la Krucida.

El molinero la vió así.

El molinero —es verdad— habría querido cerrar los ojos para siempre, para no verla más.

Habría querido ser un grano de candeal robusto para caerse de bruces en el regazo tenebroso y mugiente de la piedra loca, de la "voladora" como él la llamaba y que tanto quería, de lá piedra suya del molino que tan bien solía adormirle con la canción envejecida.

Su india estaba allí.

El no la vería. ¡Vaya que no la vería!

En cada tanda de amoríos, se le iba prendiendo en el opaco hueco del pecho una cuita más. Y las tentaciones —el cura de Tampu hablaba crudamente de las tentaciones— se enroscaban al espíritu medroso, como un haz de makanchis del Kolibra—Taqui.

La Krucida era pues la encarnación de su pecado. Por eso, se tapó los ojos con una punta de la kushma. Ahora no podía verla. No.

El viento soplabá hacia arriba, hacia las espigas que se doblaban como reverenciando la belleza de la Krucida que se alzaba allí, sobre el ribazo, una espiga más pero morena, pero palpitante, pero cuajada de algo mejor que el trigo kañari de la barba negra y la enjundia blanca.

Cuajada. El molinero lo sabía. Por eso no quiso ir hacia ella.

Pero el viento le rodó el sombrero hasta la puerta.

Y había que coger el sombrero....

* * *

¡Queda tan lejos averiguar lo que les había unido! Y, además, la comarca toda lo

sabía. Toda la comarca. Lo sabía el brujo que esconde su misterio en las quiebras del Huakaloma. Las gentes del Pukarsol. Lo sabían hasta las cabras de los hatos, los guijarros del bohío; los perros hambreados, lamiendo los pedruscos del molino, la yegua horra de la hacienda en que se iba de compras los domingos en la feria de Tampu, pueblecillo defendido por tremedales y enjalbegado de yeso y sonrisa. Lo sabían hasta los revenos del bosquecillo en que se hacía leña y, en los descansos, se comía el puchero y el queso y se tomaba miel de botija para el frío y leche de cabra para la cansera. Como en el cerro. En la opaca desnudez de los pajones.

El Pedro, no. El Pedro no podía saberlo. ¿Quién se lo iba a decir? ¿El Dionisio? ¿El reja—huatana del Dionisio? ¡Pero si este Dionisio del zamarro de chivo era tan bruto como para creerle! La verdad, el indio éste era el paje servil de la mayoralía. El reja—huatana. Por eso, la peonada—en las trillas—le zurraba, le tiraba como un sudadero viejo, contra las parvas de las eras, asiéndole del wango, con sus manos de barro. Y el viejo no se moría.

Además, nunca el Pedro estaba celoso.

Nunca. Y si el Dionisio algo le dijo en las jaranas de las deshieras o en los jolgorios de los saques de papas, o entre el vértigo galopador de las vaqueadas o en los madrugados trotes camino del cerro, el Pedro habrá tenido para risa.

El Pedro tenía conciencia byroneana de su arcillosa belleza de ídolo, detonante como el huracán que amedrentaba a los copudos kishuar del monte. El Pedro era bello. Y lo sabía. Más aún: gozábese en ello. Y su gozo machuno desbordábase en el gorgoriteo de su risa pura y cristalina, como el agua en la garganta del molino. El Pedro era hermoso. De tener blanca esta cabellera suya —espeso torrente tenebroso que se vuelca en las espaldas— de tener empolvada la nuca a lo Haendel o hacer ensortijados rizos con esta suerte de cascada de tiniebla oscura, el Pedro habría hecho, allá en la dieciochesca edad, la locura romántica de las damas feéricas y cadenciosas —con cadencias de minueto antiguo— el sueño de una dulce y hermosa Margarita de Villete—Murcay. Y estaría bien su pie fino y delicadamente modelado dentro la zapatilla con cintajos. Y estaría bien, paseando sus pantorrillas bajo la caricia de la seda en los arria-

tes que supieron de la huella fragante de las Antonietas y las Josefinas y las desfallecientes damas del lunar, de Alfredo de Musset. Pero ese conjunto luisatorcesco estaba hecho de la arcilla de las cántaras tocado de la ruda majestad de las cerámicas, de la prieta hermosura del barro kañari, del oscuro atractivo de la piedra que se diviniza en los templos inkapirkas, roídos de gloria y esplendor; y había menester de que su pie echara raíces de kishuar en esta tierra suya, en esta Kañar tan madre, tan dueña de su morenez, como que era de ella el barro de su Pedro. La kushma, el wango, el zamarro estaban jalando siempre los dedos espinosos de las moras, eran lamidos por las lenguas doradas de las espigas oceánicas.

No era pues fácil que el Pedro tuviese reemplazo en el corazón pequeñito—de paloma—de su doña. De su Krucida.

Porque el Pedro la habría ahorcado miserablemente, como a los canes hambrientos de los maizales.

El estaba seguro. Era suya. Y, para probarlo, hacía el amor con ella en cualquier quebrada, entre un huracán de risas de los esclavos, al volver de tunantadas y borracherías.

Por eso, el Pedro habría reído. ¡Lo que habrá reído el mitayo de belleza inquietante! ¡Lo que habrá reído con el coro de sus indias tan morenucas y cachondas que tanto odiaba la Kruzida! ¡Cómo habrán rodado sus carcajadas por los páramos al recuerdo del chisme que, a la oreja recia, en la feria de Tampu, habrá vertido cualquier jeta mitaya!

El Pedro reía a sabor. Al reir, mostraba unos dientes blancos, finísimos, hechos para el mordisco sabio. El Pedro—Mayoral—reía para sí. En cambio, las espaldas que sabían de su chicote, sangraban para el Pedro y la sangre corría pesada, tibia, densa, por las espaldas, hasta los zamarros humildes.

Porque había que oír cómo silbaba el chicote sobre las cabezas esclavas y ver cómo trazaba en el aire signos de sangre, cómo se envolvía en las crines flavas de la récua, en los flancos martirizados de las yuntas, en el rostro mismo de la tiniebla espesa y acechante cuando galopaba sobre los pajonales, en las retiradas borrachas que solía emprender a bocanоче.

La verdad, el chicote del Pedro debe de tener un alma. Porque ya tiene una historia cabal, insólitamente verdadera. Las buenas

gentes se crispan al escucharla. Y yo la escribo ahora que he venido a shuctar la alegría rubia del paisaje setembrino del Kañar oceanizado de espigas.

Historia que empieza en el silencio y acaba en el silencio— copa sin bordes en que los dioses se embriagan—.

Y el Pedro era pagano y frívolo como un dios.

* * *

Dejando atrás la canción del molino —canción robusta de agua que espumarajea briosa sobre la rueda, de hierros mohosos que rechinan cansadamente— descenden el Miguel y la Krucida por tras del cercado de coles, junto al alfalfar de la vega.

De vez en cuando, ella lanza al rebaño que conduce a abrevar una pella de tierra y lo hace con tanta morosidad que mueve a contemplarlo. El toca un aire ultrajado de tristezas profundas en el rondador que amarillea sus canciones. En los ojos se amontona un medroso fulgor, como ése de los enfermizos soles de venados.

—Ahora llegará, patrón Joaquín.

Ella quería decirle algo. Lo que fuese. Lo que salga. Caminaban despacio, uno junto al otro. Tal caminan en el patio de la hacienda los cabríos tiernos que se enamoran.

Por fin, se aventuró:

—Miguel....

—Walanay....Krucida....

Sobre el peñasco de Huakaloma, cima de concreción volcánica, la luna hace, desde ha rato, pinitos de luz.

—¿Qué haremos a tiempo que el plazo llegue?

—Mira cómo la luna va por los trigales ayudando a la cosecha. Cuando los runas dejamos el trabajo, ella, Mama Luna, baja con su hoz....

La Krucida miró. Sombras de alas negras y grandes y amedrentadoras cruzaron sobre su rostro erguido hacia la luna naciente, yendo a posarse en las moles graníticas del Huakaloma.

—Aláuh!

—Aláuh!

—El puku se ha levantado de los eucaliptos y pasa, por sobre nosotros, hacia la luna...

—¡Aláuh!

Un graznido —mezcla de risa y de so-



Ilozo— se dejó oír a la distancia.

—Miguel...

—Walanay... Krucida...

—No puedo dormir, soñándolo siempre.

Dentro de tres meses pariré. ¡Y esto es horrible!

—Cállate, mujer...

—¿Y cómo hacer por el hoyo, ese hoyo que es tu casta?

El Miguel se echó a reír.

La Krucida besó al Miguel que se reía. Con la risa del Miguel, el hoyo de la mejilla suya se colmaba de luna. El hoyo, en la cara mestiza, era de una atracción definitiva. Ese hoyuelo era el sello peculiar de los Kunín que viene distinguiéndolos desde antaño de toda otra stirpe, casta o linaje, tal la negra verruguilla de los Kishpi que tenía en el mentón el Pedro.

Ellos no lo dicen: pero el brujo de Hualoma afirma que, cuando el Apu de Tahuan—ti—suio volcó sus guerrillas por las vegas del Kañar, que mejor que los chinchas resistieron el empuje iluminado del Hijo del Sol, una woarmi frágil y hermosa tal las cuentas de oropel de las wallcas kañaris dió una trenza al Conquistador. Los labios del Inka

quemaban como el rostro del Padre que presidía las Legiones con sus rayos prepotentes.

El orgulloso Hijo del Sol, torciéndola toda, besó a la mujer. Y, entonces, la mejilla de la india, al sonreír al cortejo de nobles se hundía, se hundía graciosamente.

El brujo de Huakaloma añade luego, con siniestra mueca, que alguna ñusta del cortejo, envidiosa, rió con estrépito y que el Hijo del Sol castigó la blasfemia lanzándole una mirada de odio que quemó el mentón de la vanidozuela, abandonándola allí mismo. El odio es negro y la negra mirada quedóse allí prendida como una pupila que mirase, que mirase siempre.

Pensando en todo esto, que había escuchado en las morosas faginas del desgrane, la Krucida de improviso exclamó:

—Será para navidad. . . ¡Aláuhl!

No sabían cómo arreglarse para poner en la carita fresca, con la frescura del barro de las tinajas amanecidas junto a la hierba buena, la verruga del Pedro.

Un estrépito de caballerías esguazando el río, allá abajo, les hizo volver las caras. Sombras vagas movíanse entre las brumas lunadas que comenzaban a invadir la playa.

—Patrón Joaquín. ¡No te olvides! Kayakama....

—Kayakama, walanay, Krucida.

Las kurikingas dormían hace rato. Fuerte viento, con rumores de jaguay azotaba las espigas y alborotaba la paja de las chozas. Algún piído de ave viuda gemía en la noche. La Krucida arreaba, tardamente a la manada:

—¡Késh!... ¡Késh!... ¡Késh!....

Y estaba estremecida.

* * *

—Los hijos que nacen en nochebuena, son predilectos de Dios—había dicho la sotana venerable, desde el ábside del iglesiuco de Tampu, orlado hacia los flancos por chisporroteantes rizados de gullanes rojos y wallkas de avemarías rústicas.

En las palabras del cura pensaba, entre los dolores párturos, la miserable Krucida, punto a morir.

El Pedro, solícito, la atendía.

—Mama Dulu ¿qué parece?

—Deja, hijo. Pronto ha de botar.

Mama Dulu, la comadre vieja, la matroda encalvecida, andábase en trajines rápidos.

Junto al miserable altarico de Nochebuena que la Krucida, sin preveerlo, erigiera con candilejas de sebo y manteles raídos pero limpios, encajes y cortinones de flores; a un rincón de la estancia estaban los braseros con cacharros llenos de tizanas, enjundias y hierbajos. Incluso se notaba haber trapería blanca de lana para los pañalillos.

Al fin, la nota postrera. Un corazón más, latiendo en carrera loca. Otra entraña fecunda, desgarrada sin objeto.

— ¡Semeanteruco!

— ¡Caraizo!

El longo era robusto. Por el momento estaba amoratado. Pero cambiaría. Se había dicho que cambiaría. Era pelado. Feuco, feuco. Pero es verdad que cambiaría.

En brazos de la vieja, ante la atónita mirada del Pedro, sonrió el pequeño con los ojos abiertos, opacos y torpes, sin luz, sin control, moviéndose como en búsqueda de algo que no se halla jamás. Sonrió el longo fresco. ¡Si fatalmente había de sonreír!

La Krucida lo vió y se tapó los ojos y se hundió—caracoleando el espíritu—allá en el fondo tenebroso del pecado. Allí estaba el hoyo, el maldito hoyuelo aquel que, cuando reía

el Miguel, se colmaba de luna, como las shilas en las ondas del río.

El Pedro lo miró. Luego, dijo:

—Tráelo, Mama Dulu... ¡Apamuyari!

Tierno y frenético besó el cuerpecito moraduzco, flácido. Lo hundió, solazado, en la aspereza del poncho listado de rojo y azulenco. Otra vez lo besó. Lo habría mordido. Lo habría pellizcado de placer, como lo hacía en las nalgas de sus indias. Besaba en el su raza, su estirpe, su amor. ¡El, él mismo se besaba! Así se decía adentro, con íntima exultación y así se estuvo sorbiéndose el fresco aliento, oloroso a candeal robusto de sus tierras, a ordeño de las madrugadas. Parecía llorar. El corazón se le torcía, oscuro y reseco, como las carnazas de los charkis que hacían colgadijos grotescos en las perchas de la wasi, sobre la cerca de geranios y penca blanca.

Y lo alzó en brazos. Y lo llevó hacia la luz del retablo. ¡Al fin vería el sello de la casta!

Lo miró todo, todo.

La verruga: ¿en dónde se escondía la verruguilla suya, la de él, la que debía ser en el mentón de su hijo tan semejante a la del suyo como un grano de trigo a otro grano?

La Krucida era no más que un pequeño y miserable puñado de sombras.

—Krucida. . . . ¿maipiyá?

La imagen del Dionisio cobró relieve en su memoria. ¡Lo que le había dicho el Dionisio en sus paliques de borrachera cuando— con el cortejo de sus indias morenucas y cachondas— el vejete aquel reía a hurtadillas!

Una hoz brillaba junto al zurrón y al cuero de chivo estacado en el tabique. La luna era también una gran hoz de plata sobre la infinita negrura de los cerros.

La hoz. . . . pero las hoces no hacen sangre en las espigas. Y ella era como una espiga de tan cenceña, de tan débil. Ahí estaba. Apenas se la columbraba, en un hueco hecho de tinieblas, de miseria y de pecado. . . .

Se echó a llorar el mitayo que reía a carcajadas ante la embestida de los leopardos.

Y así, alborotada la endrina cabellera, crispadas las manos en un acceso de cólera, de rencor, de despecho y de impotencia, lanzóse hacia la Krucida. La india cerró los ojos.

Al llegar, palpó sobre las cobijas. La Krucida, sangrante, se agazapó como un pájaro. Después, violentamente, la desnudó. La trajo hacia sí. La izó en sus brazos. Una mue-

ca amarga cruzó por los labios de ella. Entonces él borró la mueca dolorosa con un beso miserable, como beodo, como demente... y la arrojó de sus brazos. El cuerpo cayó pesado en la tierra fría y dura, con un estrépito de tinaja que se quiebra.

El Pedro se palpó en el pecho. Cruzado llevaba el chicote de mayoral, el de la empuñadura anillada y de la veta larga, flexible, con flexibilidad tentadora...

—Alaúh!

Como a los canes de los maizales...

* * *

El camino del Cerro Grande oyó la carcajada. También es verdad que en el camino de los cerros se escuchan tantas cosas!

Pero, esta vez, era el Pedro—la boca del Pedro—que reía locamente. Reía con el estrépito del jaguay guerrero, nó del jaguay apacible de la siega. Y el eco de su risa—como el clangor de las kipas—devolvían los repechos lóbregos de las encañadas, multiplicado, repetido tantas veces como el paisaje en los ojos puros de las albercas.

Iba riendo su risa rubia de chicha a la luz temerosa del alboreo, de la luna agónica,

juntando esta estridencia a la risa canora de los mirlos huroneantes, de los gorriones agazapados, al gemido cobarde de los tshaw—paw, al bramido del viento en las alturas.

De pronto, alzó el chicote y lo restalló sobre sí mismo. El chasquido de la veta insultó la placidez de la mañana. El chicote del Pedro silbaba. El chicote del Pedro cruzaba el aire como un alarido, en espirales vertiginosas. El chicote del Pedro rezongaba un leit—motiv infernal, ponía un grito fúnebre, azotador, tajante en la neblina espesa, en la neblina blanca y avedijada como el vellón de los recentales que la Krucida solía abrigar, a la hora del crepúsculo, en la tibioz voluptuosa de sus senos.

De un trompicòn, la yegua horra de la hacienda le sacó por sobre las narices. Cayó dormido, al peso de la embriaguez. El pajonal tropidaba su salvaje y turbulento silbido.

Algunas kurikingas se levantaron chillonas con las patas haciendo puño hacia la cola. Torvos ushkus corrían espantadizos, sin poder alzarse, llenos los buches de apetitosa cadaverina, que habían comenzado a engullir. Tendido sobre la paja, el Pedro soñó entonces. Un sueño sórdidamente luminoso.

Cuatro ushkus revolaron, ahora sí, por so-

bre el poncho y el zamarro inmóviles.

El Pedro veía la veta del chicote haciendo espirales de fuego, tal la llama cárdena del incendio que hiciera en su choza, subiendo hacia una oscuridad infinita e intangible, desde su torso, desde su cuello. El Pedro se debatía horriblemente, rezongando, gimiendo. Veía cómo la serpiente luminosa se enroscaba al cuello de la infeliz Krucida anonadándola, estrangulándola hasta hacer brotar su lengua— esa lengua rosada —por la boca pequeñina que tenía hileras de dientes blancos como las piedrecillas que recogieron en la playa, cuando —pastores ambos— se partieron el queso, la leche, el jabastanu y se partieron también, como el buen pau del molino, como la costra de allende el Vado—que también florecía su amarillez de crepúsculo de los yungas, en los ventorrillos de Tampu—los corazones tiernos.

Veía luces azules, rojas, amarillas, flores de gullán y flor de hierbabuena y flor de retama, un arcoiris que juntando sus extremos se agrandara cada vez más, partiendo desde el puño de su chicote, cambiando luego sabios anudamientos con la veta flexible al cuello de la miserable rústica mujercilla de que fuera dueño. Y veía sus manos —¡las suyas!—

apretujando el nudo demoníaco al cuello de donde habían rodado las cuentas de la wallca de oropel hasta la tierra negra de la choza. Veía los ojos como mullos de la infeliz woarmisita que, saliéndose de sus órbitas, iban a engastarse en el hoyuelo fresco y pascual del buen Jesús de su retablo, del reyezuelo sencillo de las navidades del natío que, este año, se asentaron en su choza con el plumaje atropellado de los pukus que las tempestades lejanas arrojan a la playa; de los pukus que tienen los ojos eternamente abiertos, encendidos y desolados para la maldición; de los pukus que, bañados de luna, danzan su brujería sobre los muros de Inkapirka, en los peñascos de Huakaloma donde la tierra que hierve volcánica, deja escapar vagidos de niños sacrificados por sus padres adúlteros, que así malogran los terrenos hábiles, tornándolos, por castigo divino de los dioses kañaris, volcanadizos, inaccesibles. . . .

* * *

Se han ido, en caravana luenga, los años.
El Pedro está fuera de la cárcel.
Ahora —como antes— la navidad se pá-



ra al abrigo de las parvas doradas, canta en los nidos, humea en las chozas, y debe de estar dorando de sol la casulla del cura santo de la santa capilla de Tampu, con florucas de papel en los pilares y rostros empolvados de madonas que parecen lugareñas, con santos jacintos y con cristos de la flagelación, y —ahora— con un pesebrito donde sonríe un niño como esos que semidesnudos juegan en las albercas.

El Pedro vuelve otra vez, borracho, desde el pueblo que se quedó opaco y amedrentado de huracán.

El chicote de anillos plateados y quemaduras pintorescas en el puño, grita de nuevo por la encañada del molino. El Pedro viene, vertiginoso, hacia la heredad viuda. Canta, grita, se aturde. El Pedro sabe que, en cada navidad, los arcos del molino, el agua, el viento, la rueda, los ventanales gritan susurros funestos, ayes que van discurriendo por la lobreguez de la noche serrana.

Junto al aliso, donde los parroquianos atan las bestias, se detiene. La piedra del molino, en alta noche, canta con desembarazo. El molinero bizoño, vela junto a la piedra. El viento tiene rumores de jaguay que se van

del valle a la cordillera.

Oyéndolo todo, atisbándolo todo, el Pedro suelta a reír. Su risa tiene esta vez un timbre de locura, de estrepitosa locura. Es, más bien, un grito desesperado de quebranto: tal sale de la boca ebria que, al tiempo de la siega, está encargada de aullar su esclavitud, reforzando el bramido de la kipa.

—Ajuíiii! Aaaaa— júiiii! . . .

Ya no es su risa cambiante, burlesca, a la que hacían coro sus indias chaladoras, cuando los bromazos alegres de la siega bermeja, untados de chicha y cuy. Ahora es un alarido que trata de segmentarse en convulsiones diabólicas de alegría infernal y que se torna sollozo, gemido, susurro y vuelve a crecer y es golpe de huaraka y chicotazo en la anca desnuda de la tiniebla.

Pero la tiniebla, esta vez, se encabrita y bufa y dá coces y parte vertiginosa hacia no sé dónde.

Es la noche. Es el Silencio. Es el espectro de la Krucida que, encarnado en la yegua horra de la hacienda, brincotea y parte al galope, de sorpresa.

Perdido el equilibrio, el Pedro, en su beo-
doz, se viene abajo. Pero no cae del todo. El

chicote que hubo terciado al hombro con nudos a los dos extremos, como los mayores suelen hacerlo, le detiene tonaz, tropezando en el pico de la silla por la empuñadura y apretándole el cuello que se quedó engarzado en la veta.

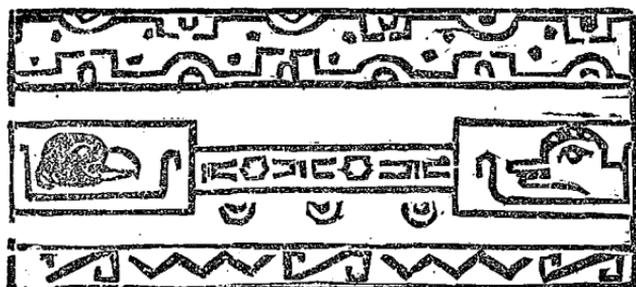
Corre, corre el conjunto lóbrego. El estrépito del zamarro entre la maleza, va remendando el rezongo burlesco de los esclavos azotados en las eras.

Y nada más.

Solo el río que perpetúa su risa, perdido entre las quiebras oscuras: y, al confín —indio que grita sus dolores con la voz del viento, el Ande —Barro de la Raza, Barro de Siglos— velando la paz de la Comarca.



Rosa del Cercado



EL arverjal trema su verdor al sol meridiano de Julio. Copiosas, las vainas, guardan el preciado fruto de la cosecha.

Ronca y silba la huaraka y dá vueltas por encima de la cabecita del niño ciego que descarga la piedra al acaso. Deben de haber muchas alas de pájaros heridas sin conciencia.

La tarde se echa encima del niño como bruja que escociese su piel con manojos de ortiga negra.

—Astaráuh!

El calor abrasa al ciego. Pero la faena sigue adelante y ni los espantajos se cansan de su teatral sordomudez que burlan los all-paurpis.

Máncl abre los ojos y los cierra revolviéndolos, voltoándolos en sus órbitas, repug-

nantemente. Mánel tiene ojos de color de caracol viejo que se halla en los surcos. Mánel acaricia —a las veces— el lomo de una piedrecilla que debe figurársele blanca.

Acá un golpe, allá un trompicón, el niño indio vaga la torpeza de su ceguera por todos los ámbitos de la playa arenisca donde ladran los perros vecinos, donde el viento sacude con coraje los sauces copudos, donde mu-ge, tremendo, el río torrentoso.

La soga de la huaraka tercia al cuello y, así, doblégase sobre sí mismo, momento a momento, para buscar el guijarro que ha de disparar. Siempre son piedrecillas suaves, bien formadas, las que sus manos urgan en la arena: piedras redondas, como ojos.

Mánel hiere las alas de los pájaros ladrones. Mánel ama sin embargo a los pájaros. Cierta vez, buscando un guijarro, halló un nido. De chirrote.

Los pájaros —pequeños puñados de sangre y carne caliente y palpitante— abrigáronse en su seno, en el poncho haraposo, una tarde. Pero, a la noche, cuando lo llevaron a dormir a casa, Señor Peta oyó el piído y los estrujó en sus manos.

—¡Rocoto!

Mánel lloró toda la noche. Pero, a la mañana siguiente, cantaba de nuevo junto al arroyo. ¡Que no lo oyera Señor Peta!

“Jaway cilo mantaka
kan—ta chapakurkani . . .”

El arroyo reía a los pies del ciego, frescamente luminoso, entre las yerbabuenas y las mentas.

La coplilla decía de alguien que miraba desde el cielo.

Y claro que desde el cielo miraban al Mánel. El no lo veía. Pero había oído a alguien —decir de vecinos— que para los ciegos suele salir, de entre las nubes, cuando ellos son buenos, una mano con un dedo resplandeciente que suavemente, suavemente va tocando los ojos tenebrosos.

Por eso quería ser bueno.

Pero ¡qué! ¡Había matado tantos pájaros!

II

Resplandecen las hojas de los naranjos y los azahares irrítanse de celo. Desde el camino largo, undoso, contorsionado, las mozas del pueblo suelen escuchar sobre los vientos trilladores una voz lejana, como de kena dolorida, que cruza el río y viene a morir en el repecho.

“Jaway cilo mantaka
kan—ta chapakurkani . . .”

Oyese luego un zumbido sordo y un golpe seco, tal un zurriagazo.

Las arverjas doradas, pregonan su preñez sustanciosa con los picos de las aves que gorgoritan su dicha del yantar, en las ramas de los sauces.

Mánel tiene ya diez y ocho años, desde que halló el nido de chirotos. Diez y ocho letras negras, opacas, torvas, incomprensibles, para escribir, sin embargo, un pingajo de vida insignificante.

Sabe castellano a medias. Le enseñó Ña Paquita, la hija de Señor Peta.

En el pegujalito de arriba, en el cerro, donde había arverjas también por cuidar, Ña Paquita iba hablando, hablando a los oídos del Mánel, lejos los ojos de Señor Peta.

Ña Paquita visitaba, incluso, al Mánel, furtivamente, caminando entre los troncos y las hojas secas, saltando los baches y huyendo entre los álamos.

Ña Paquita se sentía atraída por los cabellos semirubios, la cara rosa—flor, la voz del Mánel, a quien había dicho, por otra par-

te, que no abriese los ojos cuando estuviese ella.

De oírla, Mánel sonreía apacible y casi dolido y, al sonreír, su ligero bozo rubio sobre el labio sensual y fino, distendíase como arco que va a flechar.

Un día así.

Otro día.

Y un nuevo día

Clavóse la flecha en el corazón de Ña Paquita, la hija orgullosa de la chagra enriquecida y tiránica que zurraba, por un pronto, las espaldas del Mánel.

—Oye, Mánel . . .

—Ña Paquita . . .

—Esta tarde la luna sale a las seis y quiero ir al corral, a ver a mi borreguita negra, que nació anoche: ¿Me acompañas?

—Pero . . . Pero puede ser que los perros ladren . . .

—Te irás de mi brazo. Así . . .

Ña Paquita tomaba la mano torpe que Mánel le extendía y la ponía al sobaco. El Mánel palpaba, en las puntas de los dedos, una suavidad que solamente halló una vez en el buche de los chirotes tiernos. . . .

Ña Paquita reía. Su risa: ala de paloma, cortando el aire.

—Manuel . . .

—Ña Paquita . . .

—Nos vamos . . .

Alguien—decir de vecinos—hablóle de un dedo resplandeciente, cuando niño que peleaba con el viento y los pájaros. Un dedo para los ciegos, saliendo de entre las nubes.

Ahora sentía el dedo sobre sus ojos inarmoniosos una suerte de luz fresca que comenzaba a hacerle entrever todo, todo. Sentía el bien de ese conjuro. Lo sentía . . .

A las seis, tocadas en la capilla del pueblo, la luna brincó sobre las lomas como un cabrito. La luna miró para uno y para otro lado del horizonte. Al volver sus ojos bizcos hacia el corral de los borregos, de su boca sonreída y caricaturesca resbaláronse dos sabrosos luceros sobre el confín.

—Ña Paquita . . .

Mánel . . . Manuelito . . .

Detrás del cercado del corral se escucha un leve acecido, que crece.

Dos libélulas doradas sacrifican, sobre una rosa roja, cuajada de crepúsculo.

La rosa se mece, suavemente.



Por tras las pencas, suben los suspiros jadeantes, que parecen mecerse, cual la rosa.

—Mánel . . .

—Ña Paquita . . .

Las libélulas vándose cabrilleando sobre la brisa. Pero los suspiros continúan meciéndose con la rosa.

Mánel no sabe del color. Pero cree, firmemente —ahora más que nunca— que Ña Paquita y las rosas de que ella le hablaba, son una sola cosa suave, sedaña, inefable.

Un solo color.

¡Rosa del Cercado!



Boca adentro

del Barranco



CAMINAN los ojos por las barracas gemelas. Asiéntase en las narices denso olor a sebería. De los ganchos, sobre mesas cubiertas de zinc, gotea la sangre de las reses. Hombres de gorra y mandil abren tasajos en las "piezas" para los compradores apresurados.

50

Se llama José Tuquinaula. Tiene una mujer y un hijito. A su hijo le llama "ruku". A su mujer la pollizca, de gracejo. Cuando borracho, la riñe. Pero cuando se acuestan, se llaman "vida—shungu", hacen carocas y comienzan a jadar.

Es indio de Haairapungu y está aquí desde ayer. Vendió una vaca en la feria y, con dineros de cosechas, ha alquilado este cajón municipal para el negocio.

Esta mañana está agenciando la limpieza. No ha comprado aún la cabeza que escogerá para el matadero y, con la Rosa y el "ruku", lavan las mesas, cuentan los ganchos, prenden fuego en el fogón, barren.

La tarde bosteza en la sirena de la ciudad. Trabajadores fatigados van renqueando junto a las loterías de los charlatanes. El mercado comienza a desnudarse de gente.

* * *

Los quince días han sido difíciles. Pero ahora se empieza a vender. La carne se acaba pronto. El José ha comenzado a ponerles el mingo a los barraqueros.

Don Luna, con los codos sobre su mesa de mármol, lo ha visto todo con torvo mirar. A Don Luna le suele dar en la nuca por poner remedio a estas cosas. Por eso, ahora que ve acercarse al empleado, sonrío y guiña con sus ojillos embutidos, a su mujer. Y se mesa la barbilla.

—¡A ver! ¡Gorra! ¡Delantal! ¡Herramienta!

—Recién venido, patrón. Voy comprar, patrón.

—¿Y con poncho todavía? Mañana no hay

barraca. Vea, Cabrera: llévase el poncho al despacho.

—No quites poncho, patrón. Pagaré, patrón.

Cholas bulliciosas pasan riendo estrepitosamente. Alguna hinca el diente de oro en pulposa naranja.

—¡No quites poncho!

Se quedó en camisa. Desde la barraca próxima, irrumpe descarga de risas.

—Muy bien, señor Inspector. Se le felicita, señor Inspector. Estos indios sucios, envenenan la gente.

Don Luna lo dice todo con cómica seriedad. El empleado le mira, escupe por un colmillo y ambos cambian guiños de inteligencia.

El empleado se va, con mucha prosa, colgando el belfo.

—¡Ajá, rupango! Ahora, largo de aquí. A seguir robando ganado.

—¡Laichu! ¡Laichu perro, vos robarías!

Don Luna, poco a poco se pone serio. Se alza sobre sí mismo y avanza un pie. En sus manos airea un cuchillo enorme, que sangra: Tropieza y tose fuerte. Y, luego, imbecilea:

—Espérate, runa. Aguarda allí.

Seño Dolores se lanza a abrazarle. Don Luna forcejea por liberarse de los brazos de la hembra panzuda.

El José corre. Don Luna comienza a toser su asma alcohólica y se amorata, jadeante. Apenas alcanza a decir:

—Ru—pan—go!

El José ha logrado ponerse en cobro, ganando la esquina. El lloriqueo de su mujer y de su hijo le siguen detrás.

—Rosa, mi poncho!

—Llevaron laichus.

—Trae chicha, Rosa. Después on juerte. ¡No aguanto en Cuenca! ¡Chicha, carajo!

Las concertinas, suspiradas de pena, rezuman sus hipos dolorosos. La feria del jueves se amotina en los ventajos del mercado. El sol se baña en la risa de las cholas que se paran ante las rifas y las victrolas testarudas, soltando carcájas sensuales, chorreras de lujuria.

—¡Trae chicha!

* * *

Por los chaparros de la puna, amanecidos. Los zhiñanes espinosos se visten de ro-

sa para enamorar a la niebla.

—Tschó, mula!

Los tshaw-paw aguzan su única nota en la amoladora del sol que comienza a venir por los cerros. Trema el viento en las matas y, arriba, ríe la paja como hembra juma. El pajonal abre ojos de verdura en la inmensa serenidad del Ande. Huele la tierra húmeda y huelen las hierbas, los killoyuyus, los zhiñanes que se agrupan en bosquecillos. Hay un perfume serrano que emana de las tembladeras y los lodazales. La tierra toda huele a hembra en celo.

El José viene de “chalar” en los cortes cañarejos. Ha reunido, con su mujer y el “ru-ku”, dos almudes y medio de trigo. Los va a vender en Azogues. La mula, entre renqueos y resbalos, por sobre los camellones oscuros y fétidos, camina rezongando. El “ruku” vá de “soberado”.

—Saliendo con alba, pronto vamos al-
canzar

—¡San Vecentico! . . .

Kurikingas de blanca pechuga cruzan,
harto bajas, dejando oír el fru--fru de las alas.

—Tschó!

Caminan chacoloteando entre los baches.

A las veces el José deja escapar una suerte de silbido, que es suspiro de cansancio, escapado del pecho. Piérdense entre macizos y matas tupidas, para asomar luego sobre un desfiladero y sortearlo.

La paja silba una aguda canción salvaje que se llevan en los picos los solitarios y los mirlos ariscos.

.

Venía cantando a gritos. Había bebido en el Salto y ahora estaba jumo. Jumísimo. Y volvía a internarse, para alcanzar la noche en lugar seguro, intransitado; su quebrada conocida solo por él, donde ahora le esperaban, rumiando, los dos pares de bueyes que traía de los corrales de Charcay.

Entre tupidos ramajes de zhiñán, espiniéndose las espaldas, saltó con su caballo.

—¡Ayáuh!

Paró súbitamente la bestia, Los ojos que se le abizcaban, beodos, abrió de poco a poco, paseándolos, torpes, hacia adelante. Y soltó la risa.

—¡Ajá, rupango! ¡Vos! ¡Vos mismo!

Enarboló la rienda y, agitándola, descar-

gó sobre el José. Y requirió el machete.

Pero el José lanzóse rápido.

—¡Laichu! ¡Laichu perro! ¡Kunan—karí, huiracocha!

El José hizose de una pierna de Don Luna. Lo estiró, hasta traerlo de bruces. Entonces, se puso encima del chazo.

—Kunan—karí!

La Rosa comenzó a hincar los dientes en el escroto del chazo jumo.

Un galope de caballerías, un galope descuartizado y jadeante por un claro de monte, hízoles cesar en la lucha.

—¡Socorro!

Se detuvo el chapoteo de los cascós.

Don Luna se puso en pie y comenzó a aullar:

—¡Socorro!

Un caballo saltó por entre matas espesas.

—¡Ayúdeme señor!

—¿Que ha pasado aquí?

—Me han querido matar, señor.

—A nadie se mata, delante de mí.

Don Manuel Guzmán lo decía con tono de entereza justamente matonil.

—Soy el dueño de Buishún, de Walcanga y persigo un robo de bueyes. ¿Que hacen aquí ustedes?

Don Luna sintió huír la borrachera. Y entre nervioso e iluminado exclamó:

—¡Lo he trincado yo, señor! Aquí está el pícaro. Venía trayéndose cuatro cabezas. Se me ha perdido por entre los chaparros. Lo sospeché desde que le ví en la altura. Pero, por fin lo he cogido. Me ha querido matar. ¡Vea, señor! ¡Vea cómo me ha dejado!

Don Luna enseñaba los girones de su pantalón de kaki, por donde asomaban, velludos, los muslos.

Don Manuel Guzmán, bajo su poncho de aguas, de un solo gesto ordenó pie a tierra a la peonada.

—¡Amárrenlo! Vé, mayoral: pónle cuatro hombres detrás. Y si se mueve...

El mayoral hizo un gesto. Y lo izaron. Como un walló pesado.

La Rosa dejaba escapar una catarata de palabras y ruegos y perdones mientras el "ruku" berreaba sobre la mula.

Tiraron al suelo al "ruku".

Entre acecidos, los peones rumiaban la entraña dulce y jugosa del aguarongo.

Don Luna se puso un chorro de aguardiente entre las piernas y montó.

—¡Piquen!

Sobre la cabalgadura comenzó a rebotar el José. La mula en que iba cruzado y liado brincoteaba hábilmente. Pero las ramas y las espinas desgarraban las espaldas, los muslos del José.

Prometía ser largo el día y la lluvia y la niebla comenzaron a enseñar torvos puños desde las cuchillas tiritantes.

—Aláuh, amito!— empezó a gimotear e José —¡Laichu es ladrón! ¡Laichu robado tus reses, amito!

—Laichu es ladrón!—coreaba la Rosa.

Fuertes riendazos caían sobre el José con las gotas del páramo, semejantes a las lágrimas de la Rosa y del pobre "ruku" que comenzaban a sangrar por los talones.

—Piquen, carajo!

La paja silbaba fuerte.

—Por aquí, señor.

Enderezaron por entre tembladeras peli-grosas, camino del escondite.

—Por aquí he seguido hasta trincarlo, desde que lo descubrí en la altura.

El José comenzó a bambolear como un fardo.

—Aláuh!

Entre dos zhiñanes se agazapa un conejo

blanco. Por sobre el cerro comienza a gritar una bandada de loros proletarios que pasan cho-teando al paisaje capitalista, rumbo al infinito.

* * *

La quebrada oscura y amenazante. Hojas inmensas y trepadoras y troncos cubiertos de wikundus le aderezan ropaje medroso. En la tiniebla del fondo, cabrillea un íntimo hilo de agua.

—Aquí están!

Los bueyes, atados a troncos que se curvan sobre el abismo, en un rellano ligerísimo, rumian la soledad del paraje.

—Bájenlo al bandido! Hay que enseñarle a robar . . .

—Aláuh, amito! ¡Perdona, amito!

Con la veta de la sobrecarga de uno de los peones le atan los pies.

La mula comienza a inquietarse.

—A ver!

Atado a la cola de la bestia, el José es un montón de arcilla morena que palpita.

—Ya, mitayos!

El "ruku" y la Rosa dan un alarido y se tapan los ojos. El grito de los dos repiten los

chaparros y se pierde, lejano, en la inmensidad de la puna.

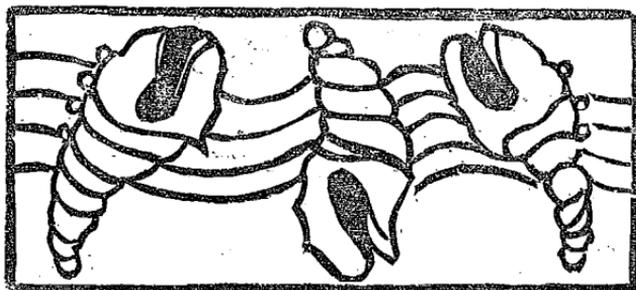
La mula ha resoplado y quiere volver; pero diez latigazos juntos le meten pánico y súbitamente, dando un rebote, cae como grano de trigo en tinajón chichero.

Boca adentro del barranco . . .



La Kipa en la

Noche



COMPADRE Ulaco dice que será para carnaval. Todos naturales han conversado.

—Longos de Sideay, ca, wañuktas son.

—Tablonejos lo mesmo.

—Otra vez quisieron soldados botar tostando. ¡Cojieron ps!...

—Pero soldados botaron jodindo todo se-
menteras. Kallimanta comieron maíz, zambito, jabitas, descuartizaron ovejas, tumbaron mujeres....

—Ahora, ca, verán.... carnaval....

—Quien sabe! ¡Qué tan será!....

Los longos lampean la tierra húmeda de las deshieras. Las matas de maíz comienzan a erguirse, vigorosas. Cada lampazo de la longuería encuentra en las frondas de los eucaliptos sombríos un eco apagado. Más puro

hace el sol el aire de las huertas donde, en arriates bien desmenuzados, brotan las coles que se embeben en las albercas.

—Compadre Ulaco, ca, semeante churu tiene!

—Compadre Ulaco cuasi mancornaron soldados otra vez.

—Changa roto corrió hasta quebrada. Allí escondió churu.

El Tomás se yergue y descansa con las manos en el cabo de la lampa. Luego hace sibatos con la lengua, suspirando cansancio, y sigue la labor:

—Shalva....

—Jáu?

—Compadre Ulaco, ca, juin bragado es.

—Y sopla lindo en kipa. ¡Semeante kipa es! Parece wagra, no más, grita: Púul Púul!... gente cuerre reuniendo....

El Tomás pone un dedo en una ternilla y sopla fuerte, sonándose. Luego pasa una punta de la cotona por la nariz sudorosa y continúa, sorbiéndose:

—Solamente jiero cosas dicen con Teniente. ¡Malas lenguas!

Tomás espera la respuesta de Shalva. Pero como éste es un tanto sordo, desde un

chirlazo que recibiera del patrón, ríe y continúa lampeando. Además, el Shalva no puede oír, porque se ha vuelto hacia donde está la Chepa que holgazanea charlando con la Marga:

—Longa manavale! ¡Mueve manos!

La Chepa se frunce, con coquetón enojo. El Shalva le lanza un pedruzco y sonríe. La longa hace hociquitos, dice cuatro cosas masculladas, tuerce los ojos y sigue lampeando.

Todos los vecinos de faena parlan, sigilosos.

—Otro día Teniente vino y llevó borregos. Impuesto, dicen; ¡Zhúas!

—Tía Concha llorando está en choza uchilla Rigo que salteado Teniente para autoridades.

—Zhúas!

Enciéndese la cólera en las mejillas terrosas que gotean sudor.

—Arbol de capoles cortado para bancas de Tenencia donde Taita Mariano Llivi-saca.

—Zhúas! ¡Yanga—mikuis!

Un coro levántase, en sordina, de las bocas esclavas.

¡Zhúas! ¡Yanga—mikuis!

El ritmo de las lampas en los brazos de



los hombres, concierto con la risa estridente que las hembras gorgoritan, al son de las palas.

Agrio olor de sobaquina espárcese sobre la chacra.

—Huelga de carnaval hará persuadir!— dice Shalva, el más exaltado.

Un ras—ras de yerbas y hojas secas estrujadas por gruesas oshotas se acerca.

—Taita Mayoral....

—Longos semeante conversan!—grita taita Pacho Quimbay— ya estarán acabando tareas....

Y, luego, muy bajo, a la oreja de Shalva, el sordo:

—Soldados han de botar tostando.

Ríe estrepitosamente y se aleja.

La deshierba, dando revoltijos a la tierra fecunda, aroma el aire del sembrío con voluptuoso olor a mocho de los agros. Huronean las gallinas, prudentes, embuchando kusus y lombrices. Chozas diseminadas en parajes propicios acompañan su soledad humilde con geranios y penca blanca. Las hay algunas que se curvan, como viejas mendigas, tratando de besar la tierra. Otras se yerguen sobre las lomas como para gritar por los ca-

minos el grito formidable que hace dar vuelcos al corazón de la ciudad:

—Zhúas! ¡Yanga—mikuis!

Por los senderos se alzan los manos crispadas de las pencas, y, abajo, el río grita con voz india, con las mil lenguas de los turbulentos tumbos cristalinos:

—Zhúas! ¡Yanga—mikuis!

* * *

—Ulaco, no vayas... Ulaco, vida—shungu....

—Vos qué sabes mama....

Ulaco adereza la hoz con un limatón y sorbe —ruidosamente— un trago de chicha. Ulaco está borracho.

—Soldados van botar tostando....

—Jay, carajo!....

Los longos meten coraje en los alrededores de la choza.

—Tío Ulaco, ya va a ser noche....

—Que sea, carajo!....

Nubes rojas se cuelgan de los alisos. El Ulaco ahora ha cogido el churu.

—Sopla, tío Ulaco....

—Pón pólvora en chicha, longo sati—

cuchara!

Todos pasan el putu de chicha al vecino que babea, anheloso, el agujero.

—Ya deben coger escopetas y hoces. . . .

Los longos gritan y cantan borrachos. Las gallinas sin alcanzar a los paltos, cacarean despavoridamente.

—Jaku, longos! ¡Jaku—risha!

—Tablón—Pamba. . . .

—Tablón—Pamba. . . .

Los senderos se contorsionan: medrosas, las pencas, abren sus manos de dedos ariscos como para aplaudir funestamente.

—Ulaco. . . . vida—shungu. . . . ¡No vayas!

—Vos qué sabes mama!

Los longos emprenden la bajada, entre gritos y cánticos. Viento fuerte azota los ponchos.

—Sopla, tío Ulaco!

Mama Petra quiere decir algo y extiende los brazos sarmentosos desde la lliclla.

—Ulaco, no vayas!

Pero el bramido del churu formidable, borbotando coraje, vuélcase sobre la ancha tinaja de la noche.

—Sopla, tío Ulaco!. . . .

Cayeron de sorpresa. Y se lo trajeron a la quebrada. Estaba borracho de aguardiente y carnavales.

Solo el cura quedó en la plaza del pueblo, con las manos juntas y el gesto de pánico. Todos habían huído por sementeras y quebradas.

Le amarraron la boca, las piernas, los brazos.

Ahora, en la oscuridad de la quebrada profunda bailoteaban, bebiendo el aguardiente del pueblo.

El Juez se había defendido a pistoletazos; pero, después de matar a dos longos, fue apresado.

Don Ambrosio, el Teniente setentón de la barba taimada y el ojo perverso gimoteaba, asfixiándose.

—Nuestros borregos!

—Nuestros longos!

—Nuestro grano!

El Ulaco, cansado de kipur, arrojó el churu en manos del Shalva. Pidió el putu y tragó largamente. Después, jadeó. Había corrido entre maizales tiernos y pampas, y saltado

cercas.

De repente, una voz dijo:

—Corten shigra al ruku!

Una gran carcajada múltiple se fué por los barrancos.

—Yo, yo cortaré.

El Ulaco, con risa diabólica requiere la hoz de entre la faja y, como un conejo, salta sobre el Teniente.

A poco, un grito unánime irrumpe en la quebrada. La kipa en boca del Shalva, muéve repetidamente.

A la luz de la fogata donde se distribuye el aguardiente, el Ulaco enseña a la multitud, pendiente de su hoz, un pingajo sanguinolento.

Don Ambrosio ha cerrado los ojos.

El juez los había cerrado antes que el Teniente, a golpes, pedradas y descuartizamientos.

—Jaku—rishá longos!

—Jaku—rishá!

Por la boca de arriba de la quebrada se pierden los gritos y los ponchos, en la noche negra. Entre la loca comparsa, muévense los putus de aguardiente, de mano en mano.

La kipa ruge, con el río lejano, con los hombres:

—Zhúas! ¡Yanga—mikuis!

Junto a la cerca de pencas que se abren en manos aplaudientes, mama Petra espera. El churu del Ulaco se ha dejado oír cercano. Mama Petra tiritita bajo la lliclla.

Poco a poco las kipadas vánse acercando y los ojos de la doña miran candeladas por el sendero profundo.

—Ulaco!

—Mama Petra!

—Vida—shungu!

—Aquí traemos amo seor Teniente —exclama el Ulaco, enseñando el objeto que pende de la hoz.

—Alabado sieso—cresto, taita amo Tenente!—añade luego, con amarga ironía, sacándose el sombrero y reverenciándose ante la hoz que tiene en la mano.

—Ulaco! ¡Juaturuku! ¡Qué botaste haciendo! ¡Ulaco, has matado taita!

El Ulaco abre los ojos desmesuradamente, mira a la doña de arriba hacia abajo y deja caer los brazos.

—Has matado taita!

Los longos gritan desaforadamente. Comienzan a pelearse el aguardiente y brillan las hoces amenazantes.

—Haz matado taita, longo perro! —gime la Petra con voz ultrajada.

El Ulaco deja caer la hoz.

Desde la parva de kalcha, donde se ha tendido el Shalva, borracho, vienen voces que dicen:

—¡Sopla, tío Ulaco!

—¡Viva el huelga!...

El viento, agazapado tras las parvas, dice también riendo con voz mitaya:

—¡Sopla!

El Ulaco sacude un pensamiento, meneando violentamente la cabeza; sonrío bravamente y lleva con coraje la kipa a los labios.

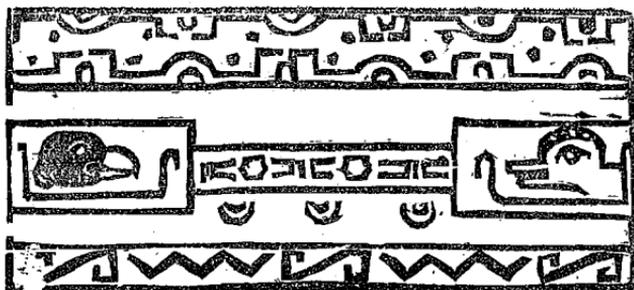
El Ande, en la cuchilla de enfrente, se diadema con el corindón gigante de la luna.

—¡Sopla tío Ulaco, sopla!

Las hoces hacen signos de interrogación, funestos. Y, desde los labios del Eulalio, la kipa interroga largamente el corazón profundo de la noche.

Como los

Leopardos



HASTA diez y ocho años....

—Así dice....

El Rudi cuerea a la mula. Le cruza, con la rienda, los flancos.

—Después, ley dizque suelta no más.

—Oyá!

Las mulas se mueven con parsimonia, por la senda tenebrosa.

—Patrones, ca, buenos son. Otros, ca...

La Nieves suspira, dentro del poncho del Rudi, agazapada. Tal un polluelo de paloma, estremecido al frío. Un zorro se cruza entre las matas, con ruido de hojas secas.

—Enseñan rezar, leer, escribir. Escuelita, tan, ponen....

Tío Balta se acomoda el pañuelo enorme sobre la cabeza, para ahuyentar el frío. Encima se vuelve a poner el sombrero. Solo

el wango va golpeando las espaldas, al compás del trote que emprenden, a las veces, en pequeños trechos sin lodo.

—Señor Juez, taita Cura, dijeron en pueblo que han de enseñar primero doctrina.

El Rudi piensa y masculla, acaso, un recuerdo. Después, grita:

—Jay, carajo! Huaricha mas bien han de botar haciendo....

Tío Balta ríe donosamente. Su risa estremece el silencio y los seres, en la noche de los chaparros.

Va dando fin el largo descenso. Las mulas tropiezan, nerviosas, y trastruecan el paso, en los camellones. El murmullo del río se va arrastrando la noche por los cabellos. Gallos lejanos sorben, con sus gargantas sonoras, la leche de las estrellas.

—Chachay!

—Alba, tan, todavía está.

El sudor de las mulas calienta las piernas de los indios. Las mulas se abizcan, a las veces, sin poder pasar.

—Tschó!

Una espuela calzada en talón desnudo va riendo sobre los ijares atormentados.

—Tschó, carajo!

La mula resopla y renquea, sacudiendo al jinete. Ramas espinosas cruzan los cuerpos, asiéndose a los ponchos.

El Rudi es wiñachik—taita de la Nieves. Por eso la abriga bien, bajo su poncho. Por eso personalmente, como tío suyo, va a dejarla en Cuenca.

La Trini —su cuñada— es verdad que le rogó. Si viviera el Santos....

—Pobre Santos! él, ca, no hubra consentido vender a la Nivica....

—Pero bruta, juin, ha sido Trini. Yo, ca, dando hija, siquir on yonta hubra pedido.

—Aura, Mula!

La bestia sopla y se enfada. Pero sigue adelante.

—Tierritas de hacienda pero bueno son. Solo wasi—kama trabajo hace persuadir...

La mula del Rudi sigue soplándose y pajarea, fuertemente, en la oscuridad.

—Kaika—riki mañosa!

El Rudi alza la rienda y cruza dos veces. Luego hinca, con rabia, la espuela en la ijada. La mula, dando un salto violento, cae sobre baches profundos.

—¡Santo!

--Diablo sería!

La Nieves grita, espantadiza.

—Upalli longa! Uku—pacha, tan, cerquita está. . . .

—Mulas, ca, no es de montar de noche.

—Pero patrón dado, ps.

—Mula, tan, cumblesa del diablo es. Por eso viene con rabo querer botar huarcando.

El Rudi tiembla de pánico. Por los chaparras se escucha un leve trote y un acecido.

—¡Baja tío Balta! ¡Prende farol!

El Balta pone pie a tierra, enterrándose en fango. Luego, hurgándose dentro de la kushma, saca una caja de fósforos.

—Fosforito, ca, gasta. Por eso no encendido farol.

—Prende, tío Balta!

La luz del farol alumbra, humilde, el chaparral. El Balta comienza a husmear sobre la hierba, fuera de los senderos.

—Aláuh! Leopardo pasó, tan, cerquita. . .

En la greda la luz del farol alumbra huellas en forma de rosas estilizadas. Una torva guirnalda de rosas simétricas en el lodo, perdiéndose en la maleza.

—Pica tío Balta!

El indio salta a la silla. Las mulas comienzan a jadear y bambolean, horriblemen-

te, sobre los camellones, en trote desesperado.

Pero el primer mirlo ha chillado entre los zhiñanes y las chukirahuas. . . .

* * *

El río. Los patillos saltan, haciendo secuencias, entre los guijarros. El viento trae gajos sonoros de la corriente turbulenta.

—Vado es por aquí.

—Tschó!

Las mulas se soplan, resistiéndose.

—Tschó, carajo!

—Chupa, chupa a que bote!

La bestia cae, tiritando en el pellejo, sobre los tumbos de agua, y comienza a nadar vigorosamente.

—Aláuh! Agua, tan, hinchado está.

El río brama, crecido.

La Nieves comienza a gritar, llena de miedo.

—Ahora, ca, lloras longal! Cuando pongan ropa de tela riendo has de estar.

—Alza changas!

Las olas violentas lamen los zamarros.

—Máma! Máma! ¡Aláuh!

—Nivica! ¡vida—shungu!



El Rudi comienza a darle consolaciones a la longa, en késchua.

Pero la Nieves se desgañita, moqueando.

—Ya murió máma, longa animal! —grita el Balta, desde lejos— Otro máma, esperando está en Cuenca. Lindo máma blanco. Ojitos de ese máma, ca, ijagin! hace, como lucerito. . . .

—Máma!

La mula del Rudi resbala fuertemente. Pero, ya cerca, cobra bríos y chapuzando, gana la orilla, a paso rápido.

El eco en las breñas, en los árboles de los chaparros que abren en las ramas brazos de madre, repite:

—Máma. . . .



Veinte años. Cuando vino —ella recuerda confusamente— llegó empapada, llena de lodo, goteando. Recuerda también que gritaba horriblemente. Recuerda que vino el diablo entre los chaparros y quiso atarle la cola al pescuezo.

Ahora, el camino era bueno. Los automóviles cruzábanlo, hasta Aguarongo—Pam-

ba, desde Cuenca. Los automóviles corrían el camino, raudos, con voces de hombres y perfumes de mujeres, con música de concertinas, con carcajadas frescas.

Ahora, ella volvía el camino. Pero lo volvía en un camión, entre otras mujeres que seguían a los soldados, en marcha hacia la Costa. A Guayaquil. Ella también iba a Guayaquil. Dejaba la tierra. . . .

—¡Mejor!

Hilando recuerdos, veía la orilla del Tomebamba que ahora abandonaba, en donde conoció por primera vez, a don Figueroa. Lavaba los sábados.

Don Figueroa se apostó una mañana, en la puente del Vado. Y le había estado mirando los senos.

Don Figueroa, cuando ella iba por la subida de la Cruz, le dijo cuatro cosas. Y, como ella sentía arder sonrisas en la sangre. —tal que a la niña Esther le solía ocurrir— mostró, esa mañana, los dientes al soldado.

A los ocho días, sacó de casa ropa y baúles.

Ahora, rebotaba en las banquetas del camión.

Guayaquil. La Costa.

—¡Mejor!

El camión descuajaba las sombras, con sus ojos luminosos.

* * *

Viajaron, empapadas, todas las mujeres por el páramo nocturno. Pero llegaron, al fin. El frío les había cerrado las mandíbulas.

Ahora, se desayunaban.

La Nieves sorbía café puro. En su cabellera picoteaban, como dos chirotes de la tierra, dos vinchas rojas de huaricha coque-tería.

Esperaban la partida del tren. Los arrie-ros se llevaban sus mulas, a grandes gritos.

—A las ocho a los carros.

—A las ocho.

El fogón, encendido bajo el chozón en que se guarecían, chisporroteaba alegremente.

Desde el hotel cercano, comenzaba a escucharse una zamba, en la victrola:

“Hermosa tierra querida
suelo de amores que adoro yo”....

Gritos de hombres ebrios salían por las

ventanas.

Por el horizonte negro se comenzó a dibujar la aurora.

La mañana se vaciaba sobre los campos, cántaro de leche ordeñado a las sombras.

* * *

—Bien dije, mama Trini: Nieves ha de botar saliendo de casa.

—Qué tan hacer, tío Rudi. . . .

El indio maduro se agazapa en el poyo, tosiendo cascadamente.

—¡Longa juata!

—Otro día que jué tío Balta con remesa, contó.

El Rudi y la Trini se ponen pensativos. Luego el Rudi se levanta y se despide.

—Voy sacar borregos, mama Trini.

Se sacude el zamarro ruidosamente y cruza el chicote a las espaldas.

—Bay, hijo. . . .

Un trote apresurado viene por tras la huerta de coles que rodea la choza.

—Balta es. Tío Balta. Para qué tan vendrá. . . .

El caballejo chaza en el patio, resbalando.

— Mama Trini!

— Jáu. . . .

— Nieves, tan, venido! Pueblo está!

— No diga. . . .

— Venido siguiendo soldados. A mí dijo, último viaje, que vá para Guayaquil. Aurita, ca, vengo viendo. Ocho va salir.

— Vamos, máma Trini! ¡Vamos pueblo!

El Balta y el Rudi asen a la Trini por los dos brazos, como a wallo viejo. En las caras del color del barro envejecido de las tinajas se pinta un color opaco.

La choza prieta quisiera ir detrás de ellos y se inclina, suavemente, sobre el sendero estrecho y humilde, que huele a hierbabuena.

* * *

En la estación. Las mujeres chillan. Han subido a los carros y esperan la partida comiendo, charlando.

A través del pueblo, baja la Trini bamboleando en los brazos de los indios.

El tren comienza a bramar, echando al cielo copos de vapor.

Chas. . . chas. . . .

— Púrai, máma Trini! Ya vá. . . .

—¡Ay hijo! reuma, tan, mata...

El tren da voces de bestia impaciente, que se van chocando en los repechos y atruenan el pueblo cercano.

—¡Fliaù!

La Nieves ríe alegremente junto a la ventanilla del vagón de segunda, bromeando. Las huarichas loquean, tiritando en la mañana.

De repente, comienza a moverse la máquina. Un ruido de hierros estrujados rompe el aire.

—Seño Nieves!

—Seño Nieves!

El Rudi y el Balta levantan las manos.

—¡Ahí está en carro! ¿No ves? Abre ojos, bien, bien mama Trini. Ese con alaja churitos en frente....

La Trini hace pucheros y mira, riendo imbécilmente.

Luego, sobre la risa, desembocan dos chorreras ardientes, como de lava, desde las fumarolas torvas de los ojos.

—Ese con pañolón nuevo, colorado. No vés mama Tri....

El tren culebrea pesadamente y voltea, humeando, hacia los páramos. El tren comienza a descuartizar las distancias, mascullándolas.

Los tres han quedado mirándose.

El Rudi vuelve la cara, baja la cabeza, y comienza a mirarse las manos.

Una humedad nunca sentida se agolpa en los ojos.

—Jiero animal! —gime el Balta— ¡cómo lleva a nuestro Nieves!

La Trini mueve la grieta de su boca como queriendo decir algo, pero no dice nada.

—Mejor hubra comido leopardo al larga, noche que llevamos, en chaparros. . . .

—Jiero animal —repite el Balta— como leopardo, va saltiando al Nieves.

—Peor que leopardo al vaconas. . . .

—Peor que leopardo, tío Rudi. . . .



La culpa eterna



SUSANA de las Eras.
Nombre suave, armonioso.

Susana de las Eras.

Un placer de nombre, hecho como para acariciar.

Pero por la eterna mixtificación involu-
crante que caracteriza el desdén indiano, lo
despellejaron en "Shushi".

Y así la llamaron para siempre compa-
dres y varayos, zagales y pastores.

Y así también ella dejaba escapar el vo-
cablo desde el pétalo de geranio de su boca.

* * *

Ese día el corazón de kindi de la Shu-
shi latía jubiloso. Parecía querer evadirse del

pecho de la frívola mitaya, para largarse a roncear la choza del Calixto Zotamba que tenía en el Ushku—rumi, esguazando el río, y en donde se escondía con la María—su mujer— y sus tres hijos crecitos.

Todos los días la Shushi salía a abrevar la vacada, abandonando el cortijo, hacia la playa. Pero, o era la culpa de ella, o de los terneros que se extraviaban y que ella había de perseguir —como ella aseguraba— la Shushi tardaba mucho en estos trajines.

Hoy, pues, después de escaldar los cacharros y dar una friega a los bártulos, pasó con alfalfa por pesebreras y viveros, hundió sus ojos en el valle cercano donde brincoteaban los cabríos inquietos, fué al palomar y dió trigo a los pichones con su boca, y se esfumó por el portón de abajo, hacia el sendero del molino que se torcía entre ramajes bajísimos, perdiéndose entre los follajes y chocando contra cepas fuliginosas. Arreaba la vacada canturreando, esbelta, donairosa, toda ella cubierta de rojas hualcas que llovían sus granos rutilantes sobre la blusa nueva.

Voces heteróclitas, vagidos del campo que amanece surgían de todos los lados, como una tibia y leve jaculatoria panteísta.

La Shushi dejó —como siempre— adelantar las vacas hacia el río, y al surgir después su silueta sobre el barranco en talud, quedóse ahí sentada, mirando descender la manada ingenua hacia la playa donde la alegría de los críos traducida en saltos y coces, inquietaba la perezosa ingenuidad del mugido.

Quedóse entre los retamales olorosos, ávida, esperanto, con los ojos como bungalas negras revolando hacia el horizonte enhiesto. Mama Marga, la pordiosera rural que reptaba harto coja y harto vieja por los barbechos cercanos, avanzaba a paso vacilante, con la mirada turbia y lagañosa en el humilde surco donde comenzaban a reverberar los guijarros.

Al mirarla, la Shushi agazapóse entre las retamas para no ser descubierta; pero el ojo de kuilampalu de la vieja habíale visto antes.

La Marga sonrió de contento casi inocente al ver la cara de disgusto de la moza.

Talvez —se dijo— venía a estorbarla en las cuentas de la venta de grano que debía estar haciendo allí, porque si nó: ¿qué le obligaba a la longa a quedarse holgazaneando en el camino, expuesta a quien sabe qué suerte de peligros con la borrachera que había en el

pueblo por la fiesta de San Cristóbal?

La Marga no hablaba el castellano: así, pues, entabló su diálogo en kichua:

—Tía Shushi. . . no andan lejos los borrachos. . .

—¿Y a tí qué te importa vieja inútil?

—Shushi. . . el raposo no se deja sentir. . .

—¡Quieres callarte, pescuezo de sogal!

—Shushi. . . cuando el sol reverbera sobre las cabezas, cuando la sangre sube a la cara como la punta de los ríos y de las quebradas turbulentas, cuando los senos se hinchan como la flor del guabo y cada pezón es un capulí maduro. . .

—Oye, mama Marga: toma y lárgate. . .

De un pañuelo con el ángulo del cual había monedas, tomó una y se la largó.

La vieja rehusó torciendo un gesto de desprecio con los labios terrosos.

Adelantó su bastón y dando el primer paso le dijo:

—Oye: la Marga no miente nunca. ¡Buena fama de bruja se la tiene! Escucha pues: no continúes aquí, te lo ruego. . .

—¡Pero si yo no hago nada! ¡Si yo he salido a mashar y nada más!

—Tú no estás sólo por eso. Tú eres joven y estás casadera y te cosquillea algo que no me dirías.... ¿No es así?.... Shushi.... Urpi—shunguito, véte.... óyeme.... Tu madre me escuchaba siempre resignada.... Haz como tu madre y recibe mis consejos que si nó, caerás herida como la tórtola en el patio grande, suelta de las garras del ushku viejo!

La Shushi ni siquiera la oía. Con sonrisa inefable volvía la cabeza hacia la Cerrera Grande, al pie de la que debía estar, afianzada en la roca, la choza del Calixto, del joven y nervudo varayo que la María mimaba con todas las caricias de la esposa soberbia, orgullosa de su hombre.

Meneó la cabeza la Marga y, alejándose hasta el cercado, extendió hacia una rama de capulí florida su mano sarmentosa. Asieron sus manos una flor y la troncharon. La rama se meneó largamente.

—Toma: no volverás a oírme nunca. Pero recuerda lo que te he dicho y para mejor, arranca una flor igual y huele....

Y esta vez se largó definitivamente, soltando la hualca negra de su carcajada, que se perdió entre las altamisas y las negas.

La Shushi permaneció poco tiempo más,

hasta que la bruja de la Marga se esfumase por el sendero y atravesando por el barbecho de la Petrona entrase a la fila de sauces reales que, como monjes silenciosos de cofias puntiagudas y glaucas bajan a mitigar una sed imposible en el turbulento correntaje del río azuloso.

Las vacas llegaban perezosamente, y ante ella comenzaron a desfilarse con solemne pausa. Se irguió y tras ellas tomó el camino de la hacienda. Era la hora del pastoreo y los recentales berreaban por liberarse. Pensativa y callada, avanzaba sus pasos bajo el sol que ya brillaba entre las hojas de los árboles, sobre los gujarros, en las pencas, en la hierba blanda y muelle de la vega cercana, tumbando a los bueyes en las picotas y recalentando la arena del camino para quemar los pies de la bella mitaya que no dejaba de otear de vez en vez el horizonte aquel que se entraba por sus ojos, para suscitar en sus labios la súplica de un bien imposible, al que se quiere llegar con una sonrisa luminosa....



¡Lo donosa y labrada que era la Shushi!...

Por eso, apenas cumplió los quince años, el cura le dió novio y la ama —severa y virtuosa— aceptó el noviazgo, no sin cierto resquemor de perder a la india para siempre, porque el marido se la llevaría a dormir en choza propia.

No obstante, se trabaron las bodas y desde hace quince días veníase haciendo los preparativos necesarios.

La Felipa se fué a la ciudad y trajo para su hija la saya nueva, obsequio de la patrona y en la burra de la hacienda se cargó las coles, las raspaduras, mientras a las espaldas, un cántaro colmado, glugluteaba jocundamente.

Se capó cuyes hacía tiempo y ahora estaban al ensartarlos sobre la brasa.

La jora empezaba a nacer. En breve, la jaranería estaría loca y jubilosa.

Sólo una cosa estorbaba de vez en cuando las urgentes agencias de la Felipa: la tristeza enorme de la longa.

—Pero Shushi! . . . ¿Qué te pasa? ¡Qué dirá el Pacho! Ven, ven.

La Shushi permanecía inabordable. Hosca, torpe a las palabras, se silenciaba horas

en el poyo, inquietando la atención de la ama que le reprendía suavemente, inteligenciándole de su situación, de sus deberes, de su actitud a la hora.

Ocho días pasaron sin que la china diera señales de la más ligera alegría.

* * *

La luna había asomado esta tarde un momento su cuerno de luz y desaparecido nuevamente, por entre nubarrones espesos que arriaba un viento fuerte, entre dos luces.

Más inquieta que nunca, la Shushi aprovechó la ausencia de su madre que fué al río con la yeguada y se escapó por el sendero del molino. Anduvo, anduvo, y extraviando la ruta, se perdió por cima de los retamales. Se colocó la punta de la lliella con una mano en la boca, por mor del fortísimo viento y se dejó ir sin rumbo, hacia el horizonte de la Cerrera Grande, sollozando con las hojas, temblando con las ramas agitadas, vacilante con el piído de los gorriones y el tugar de las tórtolas amenazadas. . . .

El río besó los pies de la Shushi que supo atravesarlo frenéticamente, tropezando

en los pedrones ocultos bajo la corriente, irguiéndose, arrebatada, con el rostro retorcido de miedo, alzando los brazos trémulos para anegarlos en la noche que se desplomaba...

.....
al llegar al portillo del Calixto, se asió a una hoja de penca y soltó el llanto desfavoridamente.

Ladraron perros rabiosamente, persiguiendo rastros.

El Calixto, que tejía un sombrero apoyado en el bahareque enlodado donde un mechero exangüe titilaba, se levantó de pronto y dando silbidos azuzantes, corrió por tras la cerca.

Se detuvo anonadado.

¡Ella, la Shushi, su Shushi querida allí cerca de su choza!... ¡Y el peligro de que la María su mujer se diera cuenta de todo lo que pasaba allí tan cerca!

La recogió del suelo, en donde se dejó caer a la llegada. Llevándola en vilo hasta el capulí de la era, la depositó sobre el tamo desperdigado.

—Tío Cali... no quiero, no quiero que boten haciendo casar.

—Vos tamé, Shushi... ¿Cómo ha de ha-

cer semejante cosas?.... Shushisita.... Vídica mía....

—Quiero que lleves. Quiero que robes.

Se abrazaron. Y como si de súbito el mundo desapareciese, perdidos en ciclo de alegría insólita, rieron haciéndose cosquillas, pellizcándose, corriendo por la paja y lanzándose terrones húmedos.

Lejos ladraban canes perezosamente. El viento se hizo más fuerte, y gruesos goterones saltaban sobre el tamo, dentro del que comenzaron a nacer acecidos y murmullos.

* * *

Pasaron días. La ama había ido a la ciudad para agenciar la detención de la longa perra.

En la tarde del jueves hubo el mayor escándalo en el pueblo.

La mujer del Calixto había sido encontrada suspensa de una viga por una veta que le rodeaba el cuello.

Los tres pajaritos —sus hijos— lloraban despavoridos en el umbral de la choza, semi-desnudos, emporcados.

No había duda: el indio la había immo-

lado en la noche y seguramente fugó porque no se le había visto desde hace muchos días.

El Calixto permanecía oculto y el asesinato cometido le pertenecía indudablemente a él, el mitayo malo. Ya se hablaba, además, de sus amoríos con la india de la Shushi, la del corazón de kindi, que le saltaba bajo el seno izquierdo con locura. . . .

No podía revelar otra cosa la fuga anticipada de la longa, en vísperas del casorio.

Volvió la ama de la ciudad, sin que consiguiera nada.

Cuerpo contra cuerpo, cadera con cadera, el Calixto y la Shushi se internaban por el camino de la montaña, hacia el entable que él conocía, porque había trabajado en aguardientes, cuando muchacho.

Habían caminado ya dos días, y no estaban fatigados. Iban retozando sobre las hojas que se perdían en la humedad de la selva, saltaban las balsas pasmadas en actitud de cíclopes muertos, se detenían en los ligeros claros y cobraban cada vez mayor aliento.

Y un día, bajo el canto de los buglas, llegaron.

Los meses se deslizaron bajo la niebla inexpugnable de la montaña.

* * *

En estos días, la china ha visto que su hombre está harto triste, harto pálido.

¿Qué tenía él, su amigo de nervudo cuerpo, de manos hechas para quebrar cuellos de bueyes, para desgajar las ramas de los más fuertes árboles?

Tendido sobre hojas de plátano disecadas, se pasa las horas quejándose y tiritando.

—Tiricia. . . .

Tiricia! Había que salir, necesaria, imprescindible. . . . Pero y ¿cómo salir? ¿Cómo ir a la ciudad, él, perseguido por la justicia?

La Shushi se desesperaba, enloquecía, y se palpaba el vientre cada vez más abultado.

El Calixto empeoraba notablemente. Sus brazos se adelgazaron de tal manera que ya sólo eran dos sarmientos que colgaban. Su cara era verde, como agua de pantano y el escaso bigote trataba de ocultar sobre sus labios la mueca horrible de la desesperación.

La tarde esa en que la Shushi dejó al Cali un momento, corrió hacia ella en medio del camino el chiquillo del mayordomo y le dijo:

—Don Zotamba acaba de entregar el alma

a Dios...

Con los ojos anegados, con los brazos extendidos, la Shushi regresó medio loca, tropezando, cayendo y gritando su dolor.

Grupos de trabajadores cuchicheaban. Ya no había nadie en el lecho rústico. El cadáver del Calixto había sido llevado hasta el corazón de la montaña para ser enterrado. La Shushi quiso correr tras el grupo de peones que llevaban el cuerpo sin vida de su pobre Cali; pero un dolor insuperable, el dolor más espantoso de los dolores le obligó a quedarse.

* * *

Por el camino real que bordea el río, en Huangar—kuchu una figurilla renqueaba, se encogía, miraba con la cabeza gacha de un lado a otro y se apoyaba débilmente en un bastón nervudo y grasiento. Mama Marga se las andaba por ahí, camino de Cuenca.

Iría a recoger sus centavos porque se moría de hambre y ya no daban nada en los campos.

De repente se detuvo ante la cuneta, y alzó los brazos soltando el bastón:

—Shushi! . . . Urpi—shunguito!

—Mama Marguita. . . No me veas la cara. No me preguntes nada.

—No lo necesito. Yo dije. Yo adiviné.
¿Y flor de Capulí?

La Shushi sonrió amarga y libidinosa-mente. Levantó los ojos y aspirando el tibio aroma de las capulicedas lujuriantes del camino, exhaló un suspiro voluptuoso.

El hijo de la Shushi comenzó a berrear entre la lliclla.

—Vamos Cuenca, pedir caridad. . .

—Vamos.

Y juntas empináronse por la subida.

Dos tórtolas tugaban en los maizales.

Desde un rincón de ricinos rojos un chugo pifiaba a la tarde.

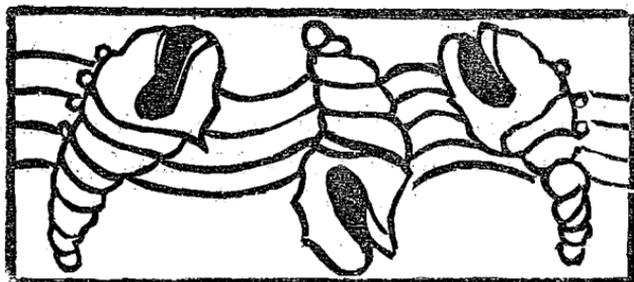
Ante la Shushi, el agrio sol de los caminos, era un comisario de pueblo, juzgando, desde el pupitre del Ande, su miserable culpa.

La Culpa Eterna.

Setiembre 1925.



Una luz en el cerro



EL camión trepidante, como borracho de cansancio, entró por el barrio chichero y chungón de El Vecino, poblado de palomería muchachil y de chagritas pintorescas y llenas de frescura.

—Fliaú, Fliaú!

Las flautas automovileras remedaban el alarido del tren lejano en Sibambe, cuando las congojas y los resquemores de la partida al Guayas hechizante.

Pero ella, la Maricruz, no se había embobado a la morlaca. Le vió pararse al monstruo pechudo y evocó, en la arrogancia, al toro regalo de la abuela que tenía en el predio, al pie del Ñamurelti. Una semejanza bravía. Y luego fué a el y, por la escalerilla, al vagón de segunda. Claro que le indicaron y has-

ta con reproches. Pero nada le llamó la atención. Por eso se durmió. A veces, solamente, sus ojos de pestañas hermosísimas, negros como agua de laguna en noche de cerro, se extasiaban contemplando el revolver de las garzas morenas en los pantanos verdores y tendidos de los Chobos. Luego la estación, con el campaneo del tren y el murmullo de las voces múltiples, ardorosa, insoportable. El río ancho y rielante, los hombres diligentes y bruscos, las mujeres como cacatúas con faldas, el barco con su sordo pum—pum, el sudor, las aves pescadoras vistas desde la borda, la orilla, los barcos negros y húmidos como pescados gigantes sin cabeza, el Malecón, la Rotonda, el muelle un tanto fétido, la escalera del barco, los apretujones de la gente y, de repente, una calle plana, planísima, como la pizarra de la escuela del campo. ¡Guayaquil!

Despertó. Venía algo chinga. Su tío, el buen tío Manuel, arrendatario de sus propiedades—un solar, otro solar, una casita en ruinas—le había brindado cerveza, en Azogues. Y estaba juma. Su madre se lo decía.

—Hija, por Dios! Despierta. Estamos en la plazuela del Carmen ¿No ves? No podía estarse de pie. Lloraba. Le metieron a una bo-

tica. Le dieron amoníacos, tizanas. La Maricruz, con todo, no se curaba.

Pero, renqueando por las aceras, se fueron. El barrio alto del Corazón de Jesús les esperaba. La casita del tío Manuel, metida en arrabales, dibujábase una blanca sonrisa de yeso.

Cuando en el cuarto —lleno de estampas y flores de papel y con candil perenne a la imagen del Señor de la Buena Esperanza— despertó la Maricruz, tenía los ojos inyectados de sangre y el alma grávida de desilusiones. Pero, se pensaba en Cuenca; en esta ciudad tan cercana a las frescuras de los campos suyos, de su pegujalito solariego, que se sintió capaz de sonreír.

Y sonrió con cierta amargura inefable.

* * *

La Maricruz amaba su campo, pero no sabía por qué. Allí estaba su madre, el tío Manuel, el primo Jashi, la casa llena de geranios, el agua fresca, el ordeño, las faenas. Pero Guayaquil era mejor. ¡Vaya que era mejor! Ciudad grande, donde había qué comer y de mane-

ra fácil y hacedera. La pobreza habría sido cosa de arrojar, si ella hubiese querido. Pero ¡si llegase el día en que no pudiera volver a sus cerros! Nô. Odiaba a Guayaquil, como odiaba al marido que le dieron a los diez y ocho años, por arreglos de una demanda en pago de dineros que el zambo costeño diera en cambio de su juventud de capullo apretado.

¡Zambo mala alma! El se empeñó en llevarla para la costa y había que seguirlo, porque era su marido por Dios y por ley, como le habían dicho. El zambo que, yéndose una vez por sus campos, de huídas, la encontró y la compró miserablemente. El zambo que, después, por el barrio del Conchero y por la Avenida Olmedo le había arrastrado, borracho, a las chinganas oscuras y malolientes y que, con el dinero que cobraba por gritar los ostiones durante el día, la llevaba por las noches a la jarana y al boche de los cabarets untados de trago y pecado, donde los que llamaban tangos —que música insoportable!— desnudaban a las mujeres y horrorizaban los ojos de su cara, hasta que salía de fuga perseguida por las borrachas a arañazos, acosada por los viejos lujuriosos que en ella descubrían tesoros incalculables de tentación.

Por eso sonreía amargamente. La Guayaquil hermosa que le había pintado su marido, solo fue para ella un emplasto de luces deslumbradoras y mujeres emporcadas. ¿Cómo verán, con qué ojos contemplarán los ricos ese Guayaquil tan nombrado por sus hermosuras? Ella, claro, vió mujeres pimpollos de seda y blancura, ojos como dardos de pasión, hombres como no los había entre los chagras suyos, casas y escaparates iluminados, muchas bombillas eléctricas, letreros que se movían en la oscuridad de las noches del trópico. Pero, para ella, solo había sido el deambular miserable por esas calles de casas encorvadas, de lóbregos recodos, de fetidez y zupia, con ruido, con plátano verde, con picadura perenne de mosquito y humo agrio de cigarro montuvio, como ese que fumaban, una vez, hombres tumbados sobre hamacas, en el compartimento de segunda de un barco alquilado, sobre la ría profunda.

Ahora veía la cara bonachona del tío Manuel, rosada como un durazno de sus huertas de chagrita heredera. Ahora, desde las cuatro paredes del cuarto con estampas, oía el apacible zúmbar del viento en la copa altísima del eucalipto que la miraba —padre amoroso— por el hueco de la ventana, irguiéndose por sobre

los tejados vecinos.

Por fin escuchaba de nuevo, en la mañana colmada de trinos, las voces parsimoniosas de las comadres cholas en medio al tugar de las tórtolas.

Por fin, en la tarde que se alegraba con la fiesta del septenario tradicional, en la Plaza de Armas de la ciudad morlaca, escuchaba las camaretas reventonas y miraba, por un agujero de cielo, el bobalicón vaivén de los globos fies-teros, como los de la parroquia.

Así, ahora, a los dos días de llegada, pensó con libertad en el primo Jashi.

* * *

Los recién casados habían alquilado un apartamento cerca del Padrón.

El ronquido arrullador del Tomebamba estaba imitando, en las noches de Cuenca, un halar de monstruo enamorado.

Un patio principal, un patio trasero y luego la barranca, el río, la visión de los ejidos eucaliptosos, la capilla de Turi, como paloma agazapada, indecisa de volar.

Multitud de casitas vecinas volcaban, por la mañana, murmullo de vida sobre las aguas espumosas.

En las orillas, junto a algún abeto de inmensos dedos o a una piedra de viejas rugas, las madrugadoras lavanderas hurgaban, con la rosada mano en el agua, el tesoro de una imposible ilusión.

Acá había caído la Maricruz, como manzanita en sazón en fuente de claros metales.

En el cofre joyesco de esta dulce man-sión de amor, habíase refugiado ella.

Aquí estaba ahora, afanosa las mañanas, sonriente los atardeceres, meditativa en las noches con luna que era una flor de concha en el jarrón de los cerros lejanos.

Solamente que sobre la falda corta de petterpan, cantaba su pulcritud el mandilito ligero del ama de compañía; y sus manos, suavemente, empujaban el coche—cuna del nene rubio de la niña Rosa.

* * *

--¡Maricruz!

--Mande, niña Rosita.

--¿Ha llegado ya Eduardo?

La Maricruz, que miraba por los cristales sobre el río, no volvió la cara para responder. Sus ojos, de grandes pestañas negras y largas, se

agobiaron lentamente sobre el mosaico de la próxima terraza.

—Todavía no, niña Rosita.

—Avisa a la Juana que debe tener listo el ponche para Eduardo. Ya ha de estar de ráfaga. ¡Ah, promesas de este bendito marido! Quetal, Maricruz...

—Niña...

—Vé: son dos años que llevo de casada y no ha dejado de faltarme una sola noche. ¡Saco mucho yo de sus poetadas, de sus versos, de sus majaderías inútiles de niño grande! Díme, Maricruz: ¿Te casarías tú con un hombre así?

—Niña Rosita...

—Responde ¿Te casarías?

La Maricruz miró con ojos melancólicos la figura de biscuit de su ama.

Por su cerebro pasó la imagen del zambo.

Y, en su mente, comenzó a analizar, con asco, esa imagen.

Miró desde los pies, cerrando los ojos.

Subió, subió y al llegar al cuello, por extraña asociación, sobre el cuerpo repugnante del hombre ladrón de su juventud, vió horrorizada ensamblarse el óvalo bien hecho y distinguido del rostro de Eduardo.

La Maricruz dió un grito.

—¿Qué te pasa?

—Digo, niña, que no me casaría. ¡Nunca!

La Maricruz volteó una esquina de los andenes del patio y largó para la cocina.

Pero, no volvió a salir.

* * *

El tío Manuel se tenía la culpa de todo esto.

Ella quería su campo, sus vacas, el griterío de la pollada sobre los lomos del chanchito engordón.

Pero, el tío Manuel quiso que fuera a casa grande, a casa de ricos, para que aprendiese algo de la ciudad y no fuese todo lo ignorante que había sido, como para odiar a las gentes de las ciudades.

Y aquí estaba de ama de casa.

No sabía hasta cuándo sus campos habrían de volverla a ver.

El primo Jashi iba palideciendo en su memoria con sus bromas de niño, jugando a la orilla del río purísimo, cabalgando los cordeles, asustando las moscas con pedacitos de papel mascado.

El primo Jashi iba siendo una pequeña cosa remota en el fondo de sus recuerdos quinceañeriles.

Una lucesito como las de los cerros, al asediar la noche.

La Maricruz no sabía lo que le pasaba, a pesar de todo.

Su deseo era salir—venadillo inquieto en claro de bosque—y no acertaba a comprender por qué.

Tenía comodidades. Todo el vestuario usado de la niña Rosa se ponía encima y ya era el zapato charolado, ya la combinación de crepé, ya la charmesse o el fru—fru entonaban en su talle ritmos preciosistas que el ama miraba con ciertos ojos de un desdén enjundioso de envidia aristocrática y dulzona.

* * *

—Qué hay?

—Que se levante, que ya es hora, dice la niña Rosita.

Eduardo volvióse sobre sí mismo.

La Maricruz estaba junto a la ventana, y una luz casi escandalosa cerníase entre el negro torrente de sus cabellos ensortijados,

recién bañados en la corriente del río cercano.

Erguida en su vestido de color de rosa, las transparencias de la muselina pregonaban la eurytmia de su carne morena, detonante y sustanciosa.

—Maricruz. . . .

—Levántese, niño Eduardo.

—Maricruz, acércate. . . .

—Nó.

Era la primera vez que desobedecía.

Siempre era diligente con sus amos, pero, ahora, un secreto sentir le decía palabras que se enredaban en su cerebro, con un ruido de enjambres.

—¡María! Parece que no me comprendieras. . . .

Los ojos de la Maricruz no resistían a la tempestad de lágrimas que ahora se anunciaba en ellos.

—Maricruz, yo te quiero. ¡Te quiero, María! . . . Acércate, Ven . . .

—Niño Eduardo, por Dios, no me atormente usted. ¡Santa María!

La Maricruz quiso correr.

Pero las piernas no le obedecían.

Sentía engarzarse a ellas, como las espi-

nas de las moras de su campo, dedos invisibles y se hallaba como estacada en la alcoba.

Parecíale que el hilo de sol de la ventana le hubiese atado, inmisericorde.

En el jardín cercano, la mañana iba colmando los cálices de los floripondios.

Aromas múltiples venían sobre el hálito de la tierra humedecida.

La mañana olía a frescura, a bienandanza, a vida nueva que se revelaba en el brío de las aguas y en la tibieza enternecida de los nidos bajo los aleros.

—Oye, María: he descubierto en tus ojos que sufres, que te atormentas, que ya no puedes resistir a mi presencia como yo no puedo ante la tuya, sin la que, sin embargo, sucumbiría. Maricruz ¿Por qué no te has ido de aquí, las veces que te he reñido sin motivo?

—Niño Eduardo, déjeme, déjeme usted. No le entiendo. ¡Tío Manuel!

La Maricruz trepidaba de amor y angustia.

Y los brazos de Eduardo la sintieron temblar como una hoja.

Sobre la pijama llovían sus bucles negros de chagrita apenada y ardiente.

El sol reía en las cristales. En el buche

de los canarios rebullía la mañana.

Tras las ventanas, un albo pomo cayó pesadamente, desde las copas henchidas de los floripondios.

* * *

En la "chaisse—longue" del jardín, dormita la niña Rosa.

Brisa apacible juega con los rosales. Dos mariposas revuelan, dos ondas cristalinas, fugadas del río cercano. De repente, caen una sobre otra y, en peso, descienden hasta la frente llovida de blancura de la niña Rosa. Allí, curvan las cornucopias de sus cuerpos, como interrogaciones.

La niña Rosa despierta asustadiza, ahogando un grito, y las ahuyenta.

Las mariposas vuelan hacia la estatua del sátiro barbudo de la cancela. La niña Rosa mira al sátiro y sonríe con él.

Y se queda dormida.

’ Pero la risa del sátiro se pierde en el silencio, en el sol, en la tierra olorosa, en el mundo, en el tiempo. . . .

Abajo, en la barranca, la Maricruz confunde sus sollozos estremecidos de alegría con

el brío de las aguas.

Ríe y gime.

Salta, corre, moja los pies en la corriente y cae en la arenisca playa, hundido entre las manos el rostro cuitado.

Y mientras Eduardo se anuda la corbata al espejo, con perversa sonrisa, la Maricruz cree haber comprendido por qué quería tanto a su campo.

La Maricruz ya comprende por qué el primo Jashi no es en su memoria sino una pequeña lucesita moribunda, como esas de las lomas, en la tenebrosidad sin límites de los anocheceres serranos.

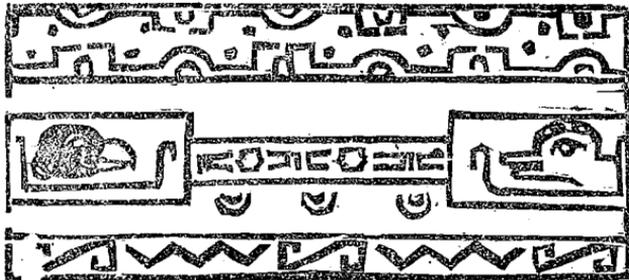
Una luz en el Cerro...



La Verduguilla

Primer Premio en los Juegos Florales de la Lira
de Mayo de 1932





CUANDO amaneció, aún se hallaba junto al portillo. Desde allí miraban sus ojos subir el humo de las casas del pueblo recogidas al abrigo de la ladera.

Se pasó la noche mirando las estrellas, escuchando el monótono repiqueteo de los grillos y cuilampalos, oyendo el lejano zumbar de la torrentera.

El frío, la noche, le habían mellado el coraje. Y la primera luz del alborico se bañó en sus pupilas como en agua de corrientes impetuosas que luego se remansan.

La luz de la mañana le devolvió a la conciencia, hallándose como perdido dentro del poncho de hilo que trajera desde las tierras bajas.

Con una de sus manos garfiosas, opacas,

tal la hoja seca del bijao, alzó una mitad del poncho y llevó una punta al hombro.

Y se fué.

Toda la noche había esperado. Durante esas horas largas e inquietas había recordado vivamente las prolongadas esperas escondido en la barranca, en aguaito de la china que rindió, por primera vez, sobre una balsa.

Se asustó muchas veces en su vida. Pero nunca corrió. Ni ante los lagartos, en los esteros. Ni ante los hombres, en las ciudades.

Alzado el poncho, la camisa verde con flordelises rojas, traída de Samborondón, la que estrenó en el carroussel la noche de la fiesta de Santa Ana, estalló su risa montuvia bajo el sol blanquísimo de las sierras. En su cintura reía también carcajada siniestra la hoja de acero con *puño e magnolia* que trabajara en Durán, en horas hurtadas.

Era su verduguilla, la compañera suya, de hoy más. La quería como se pué querer una jembra.

—¡Esgraciaos! Eya me efiende....

¡No iba a quererla! Había que saber los días que empleó en forjarla, en pulirla, en acabarla cuando él, por milagro salvado de la perniciosa, dejara el hospital e ingresara en

las mecánicas de Durán, para hacerse como ahora, juerte y templao.

Pero aún su verduguilla estaba virgen. ¡En sangre de serrano la untaría!

Solo que esta vez no asomó el chazo cobarde, el flojo longo de su tierra. Porque él era también de estas alturas, de acá, los Charasoles de las vegas frescas, de los arroyos límpidos y la flor de gullán. De acá, los Chuquipatas feraces de la flor de chirimoya, del molle humilde y la retama detonante.

Mas, había templado el ánimo endeble y el trópico —en tumulto de arrebatos— se le había venido dentro, como hoja de jierro metía en er cuerpo.

El jierro. Lo había traído también, aunque no fuese necesario aquí. ¡Lo iba a ser, con estos torpes de los mardecidos serranos!

Al chazo éste había que matarlo. ¡Matarlo de una vez! Para eso volvió él de Guayaquil. *Este último viaje.*

Ya lo había visto en la plazuela, en la iglesia, en los corros del pueblo, junto a los compradores de sombreros, a los dos días que había llegado.

Porque, llamarlo a contienda, no cabía. ¡Para qué! Conociase hombre fuerte y le arro-

llaría a puñetazos, a puntapiés, a pezcozones. De chiquillos, jugando al "cuartó—ñeco" por el camino del pueblo a la vuelta de la escuela, le zurraba siempre. Ahora, crecidos, no le resistiría tampoco.

Y luego, lo que él quería—él, José Palomeque y Merino, voceador en Guayaquil, un tiempo; peón de ramada algunos años, balse-ro luego, y mecánico, aunque despedido por basto e inútil, pero mecánico al fin—era acabar con el chazo, matarlo como a un zorro o una iguana. Y era lástima que fatalmente tuviera que ser así, pues mas bien habría querido jugarse la vida al jierro, con el coraje de su pecho serrano y el ímpetu del alma montuvia, como tántas veces se batió en huertas y manglares.

A veces quería llorar de coraje. No había con quién pelear. Y recordaba, entonces, entre sentimental y arrebatado, su segunda partida a la Costa, después de visitar su tierra que había dejado desde niño, su casa, su novia, cuando la Meche María —¡mardito nombre!— le puso el pan, el queso, el mote y el cuy del fiambre, esa mañana en que pujaba su corazón la pena.

Y evocaba, con la mano en la mejilla,

cómo al volver de nuevo picado del mosquito para hacerse remedios, ella —¡perra mujer!— para quien trabajaba con ahinco, le había puesto al Juancho de por medio y por cuya traición, a los quince días de llegado, abandonó otra vez el pueblo que se quedó blanco de casitas, de palomas y de gansos y las tomó una tarde para Guayaquil enfermo, deshecho.

Los crepúsculos caliginosos de Durán, después del sirenazo de la retirada, le vieron cansado, taciturno, convaleciente por maravilla, sentarse en una viga de los muelles fangosos para mirar con ojos torvos el revuelo de los alcatraces y tijeretas sobre el río humoso, sobre barcos y lanchones repletos, sobre las olas prietas que venían de lamer los manglares y que hacían arrugas como las de sus mejillas oscurecidas de odio y venganza.

¡Y él, que quiso quedarse, de una vez, al pie de su ladera!

* * *

Había vuelto, al cabo. Ahora estaba ya bien. Curado y robusto.

El Manuel —su primo, el chofer—le había econtado algo, el día en que llegó. Era por

consolarle, por tonificar ese maldito corazón de serrano que la vida le puso dentro las costillas, tan triste y apenado, tan diverso, después de todo, del de los cholos del monte bajo, que él envidiaba siempre. Mentía el Manuel. Le dijo que el Juancho ya nada tenía con ella. Que eran chismorreos, calumnias de la gente del pueblo que a él, al José, le quería hacer el mal. La Meche María se empeñaba por ir al Convento de la Providencia de Azogues. Sus padres tenían dinero y tierras. Lo haría. El Juancho, débil y corto, había sido su capricho del momento, la locurilla de sus quince años. Nada valían, pues, los amoríos pasajeros del Juancho, cuando él vino, la otra vez, de la costa. ¡Qué se quería! Las mujerucas... Pero ella, la Meche, siempre le guardó cariño y se entumeció, como hoja vieja de las achiras, cuando el se fué.

Pero al José nadie le engañaba. ¡Naiden!

Se le había metido dentro del alma el trópico pujante y vigoroso y no comprendía el perdón, por mucho que su corazón hubiese conservado, en fermento, el hechizo.

—Taita...

—Qué jué?

—La Meche Jiménez...

—Ontá? Ontá la Miche que tanto te pica? ¡Asco de hombre! No vés que esa mujer...

—No se caliente, taita. Ya no la quiero.

—¡Ni faltaría más! En delante mío, no se dice esas cosas. Pero, oite José: ¿No tia servido para algo la costa?

—No tenga mala alma, taita.

—¡Si sois mas bruto! De seguro estás queriendo casarte. ¡Bos! ¡Bos, un limpio como papa de guaba!

—Hei trabajao, taita. Pero, no ej que me quiera casar. Ej que...

—Es que te está doliendo tener que ir al río con las yeguas.

—Ej que quería ecile si e verdá. ¿questá pa largarse de monja.

—Y a bos qué te importa? ¡Pregúntale a tu hermano Luis! ¡Pregúntale no más!

—Ta bien.

El viejo salió riéndose. Que le preguntara al Luis. Pero ¿Qué podía saber el Luis? Bruto como un caballo, el Luis no abandonaba los rastros, el pastoreo, el ordeño y, a la noche, tirábase sobre el poyo con su rondador. Ese Luis era la vergüenza suya. ¡Un hermano tan bestia.!

—Arza, Lucho!

—Mande.

—Comostás. ¿Verdá que la conocej a Meche Jiménez?

—La blancota panadera?

—Sí. Eya. Eya mesmo.

—No.

—¡Pero qué bruto! Cómo sabej entonce? Ven, ven hermanito. No tiagas la bestia. Díme quién es su enamorado.

—No sé.

—Y el Juancho Quinde? Bos no lo has visto si le arrejunta tuavía flores, como antes, en er seno?

—Ese? Ese solo anda bebiendo con el Teniente y tocando la guitarra.

Pero a mí no mismo me puede en el rondador.

—¡No te pregunto éso, piazu e bruto!

—Entonce, no sé nada.

—Ná?

—Nada.

—Mia que te voy a largar un pejcozón . . .

—¡Ojó!

—Suerta, hombre, suerta: la dentra o no?

—¡Puede ser! . . . ija, ja, ja! Puede ser, no digo . . .

El Luis rió su carcajada imbécilmente

fresca.

—¡Puede ser!

El José no pudo sacar nada de su hermano. Lo que le había dicho el Manuel—su primo, el chofer—solo era para amortiguar su rencor. Para evitarle que cometiera una bestia.

El Manuel era listo y había hallado en sus ojos el vivo deseo de sangre que tenía por el chazo aquel. Pero entonces: ¿Cómo le había dicho el Jesús Naula, arriero de Naranjal, que la Meche había tenido un hijo, un fruto del Juancho?

Caminando por la hilera de sauces que llevan a la playa, el José tenía dentro del cráneo una tempestad de dudas.

—¡Un hijo! ¡Un hijo del Juancho!

Se agarró de los cabellos y corrió al río. De pronto, se detuvo. Aunque así fuera, aunque el Juancho hubiese tenido un hijo de la Meche María, no era ésto precisamente lo que él quería vengar. Era su vida alborotada, inquieta, dolorida, enferma, sin rumbo, llevada al garete como esas balandras que suelen caer a las playas del Morro, cuando la mar está picada. ¡Eso, éso era lo que había que vengar! . . . ¡Eso, éso que le dió la Meche, poniéndolo

le al Juancho de por medio, al volver de la tierra baja con un poco de blanca para ella, para los dos, cuando el amor fruteciera!

Y pensando así, se quedó mirando el agua del río que, a pocos pasos de él, cantaba bajo los sauces de la orilla y cuyas olas, a las veces, aguzábanse en la corriente como hojas de puñal.

* * *

Y volvió al portillo. Allí se estaría siempre, hasta que pudiese lograr algo, hasta que la noche, con su complicidad, le ayudara a sacudirse de la montaña de celos que le abrumaba.

Porque él la celaba en el ayer, en el recuerdo, en su juventud de risas y chirigotas en la plazuela del pueblo, el domingo enmismado con casulla de sol.

El la celaba así, aunque ahora no quisieran verle sus ojos; que, de verla, quemaríanla, mataríanla.

Matar. Eso es. A ella era a quien había que matar. Saltar por la ventana a oscuras, a tientas, ir hacia su lecho, de puntillas, palpar sin temblores el borde de las cosas, alzar el puñal, su verduguilla con puño e magnolia y

suave, lentamente ir bajando sobre el cuello hasta hundirla de un golpe con la diestra, en tanto que la siniestra apretujase la tibieza trepidante de sus senos...

—¡Recontrafomenqué! ¡Mei clavao!

Una espina de penca le punzó la cara en las tinieblas olorosas a menta, a chilcas y eucalipto, del portillo.

—¡Tuavía no!

Manó la sangre. Se palpó y palpó su verduguilla. La sangre, pegajosa, comenzó a secarse en la mano. Asió el arma con la mano ensangrentada y engarfiándola así, esperó.

La casa de la Meche María, rodeada de naranjos que daban al ambiente voluptuoso y suave aroma de azahares, era un puñado de sombras untado de silencio.

¡Habría de verle salir al malvao!

El arriero de Naranjal no ha podido mentirle. En cambio, el Manuel— su primo, el chofer— le había dicho “cosas de poetas”.

Temprano, ladraron perros. Pero se callaron. Como que husmeasen.

—¡Guau! ¡Guau!

A ratos aullaban triste y dolidamente.

—Cuando está la gente pa largá la boquiada...

Al cantar la madrugada el gallo del corral vecino, bisbiseo como de viento en las achiras del patio, puso al José en acecho. Luego, una sombra se destacó por junto a la pequeña parva de arvejas. Poco a poco, sin meter ruido, fué acercando. Al José le reventaba la sangre en los tímpanos.

El portillo era paso seguro. No habría lucha, nada.

Porque ésta era la hora. Porque para éso vino él. Porque...

—¡Ajá marvao! Ora sí que tamo loj dos, juntitos, pero que rejuntitos!

Sin un grito cayó el cuerpo, pesado como árbol de capulí añoso.

El José iba a reir, a gritar, palpando por fin la ansiada humedad de la sangre que quisieron sus manos. Asió una punta del poncho empapado y arrastró al otro pocos pasos afuera. Ahora quería cogerle por el cuello y gritarle en la cara su venganza. Y queriendo verle gesticular al Juancho, trepidante de dolor, prendió un fósforo.

—Josú! ¡Virgen Santísima! ¡Josú!

Los ojos inmensos, doloridos y mansos del Luis, se abrieron a los suyos como dos perdonos luminosos.

Un gorrión agazapado en un molle brincoteó, golpeándose torpemente.

Los perros comenzaron a aullar.

—¡Guau! ¡Guau!

La aurora rompía en las gargantas de los mirlos y por sobre la rumorosa negrura de los eucaliptos, el párpado berroqueño de la ladera abría, implacable, sobre los cuerpos, el ojo avieso y frío de la luna.

Se le antojó al José el cielo un mar inmenso orillado de nubes, en donde la luna era una balandra al garette como su alma, como su corazón, como su vida en perpetua resaca, en aguas costeadas de arreboles siniestros.



Pol camino grande



LE llamaban el Suncho.

Era largo, amilanado, pobre de carnes, huesoso.

Pero su nombre era Desiderio Yagual. Hijo de un montuvio tísico que murió a poco de venir a la sierra.

Había pasado con su madre—gualaceña feraz, que largó un día para la costa—bajo los sauces y cañaros del mudo y caudaloso río de las vegas de Tahualladentro; del río luminoso que es como el dedo de Dios sobre la boca gárrula del paisaje.

Después, al morir la madre, anduvo sólo el vientre torvo del Tahualladentro y tomó el camino.

El camino grande.

Y se vino a Cuenca.

Luego, su vida adolescente, servicial y sin



importancia, se deslizó por las calles de la ciudad, como una carreta de basuras.

Y ahora era hombre.

Por eso estaba enamorado.

Por eso, después de estarlo algún tiempo y haber recibido el calabaceo corriente, hoy montaba sus talones para el viaje largo, y, con un gesto imbécil de dolor pujado en lágrimas, se iría.

Pero, esta vez, ya nó para los cañaverales gualaceños.

El recuerda que vino con unos arrieros cañarejos a la ciudad, por el camino ancho, largo, larguísimo, tan largo que no parecía acabarse nunca.

Recuerda que lloraba desesperado.

—Camina, longo!

Tenía que correr, jadeante, porque—él lo tiene bien en su memoria— las piernas de los arrieros eran grandes, tan grandes como que su cabeza apenas alcanzaba cerca de las cinturas.

Por ese camino se iría.

Por ese camino había venido también— se lo dijeron— su padre.

Además, la vida misma era un camino sin límites. El Camino Grande, como bien lo afirmaba el cura de San Roque—su barrio apa-

cible— donde él sirvió en los comienzos.

Un camino iluminado a trechos, a trechos tenebroso.

Querría, pues, tomar el camino de una vez.
Dejarse ir.

—Pol camino grande

*
*
*

—Porque la vida es así.

Y sin embargo, él quería a su Vituca.

Ella le había dicho lo mismo, una vez, en la Alameda, solos, junto al río.

—No mesmo puedo olvidarle, ña Vituca.

—Ni yo, don Yagual.

—No me diga *don*. Dígame Desiderio. O, si quiere, Suncho. Sunchito, como me llamaba el Rocho que se fué pa la costa.

—Don Desiderio? No resulta. Don Suncho, mejor. Don Suncho . . . ¡ja, ja, ja, !

—No se ría, ña Vituca. Me dá una pena. . .

—Sunchito . . . ¡ja, ja, ja!

Le tapó la boca con un beso.

Y ella cerró los ojos.

Desde entonces, se veían por las noches en el barrio de ella, junto a la Cruz del Vado, porque era panadera.

Y, como el pan de huevo: rubia y saborosa.

Panadera de pan azuayo denso de salud. Hermana, en bondad y hermosura, del trigo cature de la Kañar, bañada en sol inkapirkeño.

* * *

Por eso la quería aún.

Por más que el tipo aquel de cañamazo, rico y pletórico, le hubiese quitado a la Vituca para siempre, llevándosela a su Quinta de Monay.

Para hacerle su querida . . .

—Carajo, cañamazo bandido!

Le habría muerto, tras de una esquina, o allá, junto al cementerio.

Habría madrugado, con un puñal en la mano, para hacerlo.

Pero se sentía cobarde y ruín.

El, el Suncho, no tenía, pues, ya nada que hacer en Cuenca.

Porque algo le tiraba pa la costa. Algo de la sangre, de los nervios.

El Mar era grande. El camino mas grande de los caminos.

Como la vida misma.

Como el Amor y la Alegría.

Y se lo figuraba—en visión involucrada de paisaje serraniego —como una gran sembradora de olas verdes, azules, plúmbeas, y él, sobre un cascarón al viento con alas monstruosas y blancas, frente al gran horizontazo sin árboles, sin lomas.

Un solo camino.

Sin embargo, podría quedarse para intentar —cosa imposible—una nueva alianza.

Pero las mujeres... ¡oh, las mujeres!...

—Como las gallinas, al grano de maíz... .

Las mujeres.

—Carne de ricos...

Carne que no deben husmear los probes como él.

Sin embargo...

* * *

—Vituca, por Dios: óyeme. No hay nadie en el camino.

La tarde pincela en el cielo cuatro gondolrinas.

—¿Quién me llama?

—Vituca, yo. Yo, el probe Suncho de San Roque ¿Por qué viniste, dí, con el cañamazo? Ay!

Con hipos lloró.

Pero la Vituca, llevando manos anilladas a la cintura bien modelada al corset, adelantó un zapato blanco y echó el torso atrás.

—El Suncho? ¡ja, ja, ja! ¡que bestia que sois!

Y le escupió.

El Suncho abrió los ojos y apretujó los puños.

Dos canales negras abriéronse entre sus cejas.

—Vé, perra! —le dijo— por aquí me voy. Pero, te acordarás de mí. Dios tarda, pero no olvida. Y las culpas se pagan en el mismo mundo. Por aquí me voy. . . .

Y señaló el camino.

La franja ancha y amarillenta se tendía, perezosa, bajo los eucaliptos inmensos.

—Por aquí. A la costa. Tierra de mi padre . . .

Lloró otra vez, con hipos, tapándose los ojos.

—Las penas de los probes, ya sabes cómo las pagan los ricos . . .

Y él era probe y enteco, tal un cardón de los solares inmundos.

Mientras ella venía siendo tan rica, como

el Altar Mayor de la iglesia del pueblo.

—A la costa. Pol camino grande . . .

Sus hipos provocaban la risa de los mirlos agazapados en las matas.

—A la . . .

Cuando alzó a ver, la Vituca no estaba allí.

—Porque la vida es así

* * *

Siempre llegaba borracho.

Y cuando despertaba, dolíale haber gastado su dinero como los caballeros *del Centro*, en sus noches de jarana.

Pero, en la ciudad, era otro.

Paseaba su toquilla finísimo, —robado a las manos mercenarias de las cholitas que lo tejieron en espantosas noches de insomnio— en su automóvil, brillante de escándalo choluno. Iba a los campos de tennis, donde el sol morlaco tostaba el cuero porcino del cogote, tuzado a la boxeadora. Allí hombreaba con los gringos de Niúyor y Huashintón.

Había viajado sobre cubierta, en barcos mercantes, llevando paquetes de sombreros morlacos. Tres viajes hizo: el primero, con un dic-

cionario inglés—español. El segundo, sin diccionario. El tercer viaje le enseñó a hablar a la comparsa cañamacera en una jerga mortífera, en que salía derrotado Shakespeare.

Llegaba en altas horas, en su automóvil cupé—six. Y subía las escaleras acezando. Luego entraba a la alcoba y, tirando de la ropa de cama hasta desnudar a la Vituca, la palmeaba en las nalgas. Después, vomitaba.

Pero, al fin, decíale:

—*Ai lou. . . louv yú. . . dar. . . dárlin. . .*

La Vituca sonreía imbecileando, medrosa.

Entonces él la tomaba por los cabellos y la golpeaba hasta que huya.

Y se quedaba cantando con el disco yanque de la vitriola, repantigado en la mecedora de mimbre:

"I love you so much:

It's wonder you don't feel it. . ."

Hasta caer de bruces y quedar largo en el suelo, embadurnado el vientre cruzado de cadavérica de oro.

* * *

Por fin, a los cuatro años, una tarde.
Entre las verjas del jardín.

—¿Te maltrata mucho el cañamazo?

—Sí, señor García. Mucho.

Lagrimones gruesos caían sobre la blusa de burato ocre.

De las lágrimas, en los ojos, reían los brillantes, en las orejas.

—No me digas señor, Vituca. Díme Octavio ¿Acaso no nos conocemos desde antes?

—Así es; pero . . .

—No hay pero, Vituca. Tú sabes . . .

Y tomándole ligeramente por la cintura, le dirigió al banco de mármol, bajo la madreelva.

—Tú sabes, o habrás adivinado en mí cuánto te amo. Aquí te es peligrosa la vida. De repente, el cañamazo te mata. Además, mis visitas no pueden ser tan frecuentes. ¿Quieres venir conmigo? Tengo también mi quinta . . .

Los diez y ocho años de la Vituca se estremecieron de esperanza.

—Matarme, a mí no me mata. Mas bien a usted . . .

—¡A mí! . . . Caramba . . .

—Ya váyase. Puede venir.

—Pero, ¿acaso no he estado viniendo todos estos días?

—Por eso mismo. Puede encontrarle . . .
¡Váyase, por Dios!

Le empujó ligeramente.

—Nó.

Y, doblándola sobre su brazo, la besó.

Largamente.

Al separarse los labios, una chorrera de sangre saltó de la cabeza de García, que cayó redondo.

Detrás de los geranios, había disparado el cañamazo.

* * *

Traía la manta raída y lo único que le quedaba de nuevo era su pena, ya vuelta eterna; y sus ojeras, que dormían a la sombra de sus largas pestañas sedosas.

La noche era fría, horrible. El murmullo del río solamente calmaba sus ansias, en la sordera infinita de la noche de los caminos.

Había andado largo. Camándula de camiones repletos, de automóviles iluminados en policromía, desgranábase sobre el lomo de la carretera interminable.

—¡Chachay!

Del hospital la sacaron así. Una camisa, por caridad. Lo demás, era su ropa, que comenzaba a hederle. Recordaba que al cañamazo

le hedían las axilas. Y también ¡ah, sí! al Suncho...

Porque el Suncho sabía tocar la bigüela con todo el fífir, alzando el brazo por sobre su nuca. Y cantaba, con voz ruín:

“Negrita, yo soy un probe
de los de ponchito al hombro;
pero para enamorado,
negrita, soy un asombro...”

El Suncho... ¿Qué sería de él?

Querían rodársele las lágrimas, pero se las chupaba, cou mueca trágica y cursi, tomándolo a broma. ¡Llorar por el Suncho!

—Por ese bestia...

No. No lloraría. Ella tenía otros motivos por qué llorar. Había andado, con el hijo a las espaldas, los sábados de caridad, de mugre y hampa, hasta que el hijo se murió. Había ido al hospital, deshecha. Había dormido en los portales, bajo el mordisco del frío. Había... puúh!...

Ahora sí lloró. Y lloró a gritos. Los grillos, en la noche, le coreaban, con su canción heteróclita.

El camino se encorvaba en recodos lóbregos.

gos, bajo la luz astral.

* * *

—Me salió un buen carro. El Cráisle Imperial es fuerte y elegante.

—Y ahorra mucho.

—No tanto. No hay pa la cera. El patrón lo sabe.

Los hombres reían alegremente.

El sedán corre, bufando con vigor y donosura. El chofer trae buena juma.

—¡Nos vamos a estrellar, hombre!

—Yate! Y vos qué sabej?

—¿Crées que estás en el bulevar de octubre? No siás...

—Ah, si ayí tuviéramo, ya viéraj con qué gayo tias metió...

—No te dejarían correr así los pacos.

—Loj paco... ¡Qué pelotaj erej, compañero!

—Claro que no te dejarían... Pero... ¡Mira!...

Retumba el motor en las peñas y la catarata de luz que lame el camino comienza a diseñar, en la mitad de la vía, un cuerpo negro.

— Un chancho. ¡Ya veráj cómo me lo

paso, sin arrancale un pelo!

—¡No sias imbécil, hombre!

—Me lo paso!

—¡Carajo!

—Me lo . . .

De brusca frenada, el carro patina haciendo esos y, con estrépito, se pega a la peña, sin mayor daño.

—¡No te dije!

—Ej que estoy jumo, compañero. ¡Pero qué juma que cargo! Bueno: aquí no ha pasado nada ¿sabej? Ni un rasguñito. Mañana, a la mecánica. Una capada a mi sueldo. ¡Qué diablo! Dáme un abrazo, ñaño. ¡Dámelo! porque . . .

“Sé que me matas
con este olvido
pero el destino
así ha querido

—Así ha querido, compañero. Así ha . . .

Dejó de cantar.

—Pero, de veraj: ¿Qué ej lo que vimo?

—Vamos, vamos allá.

—Prende la lú. ¿Se habrá dañado?

—Nó.

* * *

Se acercaron. El murmullo del río azotaba

el silencio.

—¡Arza, borracha!

Unos ojos asombrados y torpes saltaron como gusanos de luz, bajo la blanca chorrera de los faroles, entre la cabellera alborotada.

—¡Arza!

La levantaron del suelo.

—Y, güeno . . . Y, ¿Quién erej vos?

—¡Ay, Santa María!

—No hlore mucho, que hace frío y hay que pujar meno. Pero . . . pero . . . ¡Mírame!

Los ojos se abrieron, desmesurados.

—Oy!, erej bos, Vituca! Bos, la niña Vituca!

—Ah . . . Ah . . . Don Yagual . . . ¡Dese-
rio! ¡Sunchito!

—¿Sí, no? ¿Sunchito? ¡Si bo supieraj lo que enseña la costa! . . . ¡ja, ja, ja! . . . Si bo supieraj . . .

Se puso serio, trágico. Metiendo las manos en los bolsillos, balanceando su borrachera, añadió:

—Pero, ¿Tias olvidao lo que te ije, cuando hecha una ama me ejcupiste? ¡ja, ja, ja! ¡Tóma bos también, perra!

Y le escupió en la cara. Y alzó la mano. Pero el brazo del otro le detuvo, arrastrándole hasta el automóvil.

—Déhame carajo! Déhame joderla!

Fue puesto al pescante, a golpes y empujones.

Desde allí, comenzó a gritar:

—Ah! grandísima perra! ¡Me dejaste farolear! Ahora, camina. ¡Camina, como yo!

El automóvil comenzó a trepidar y, de un salto, se puso en el camino.

El Suncho no iba ya al volante.

Cuando pasaron cerca del puñado de sombras que era, en ese momento, la Vituca, el Suncho sacó la cara. Y le escupió una vez más.

— ¡Camina!

Pero se acordó de las palabras del cura de San Roque. Le había dicho que la vida era un camino sin límites, el Gran Camino, iluminado a trechos, a trechos tenebroso.

Y quiso llorar. Y quiso volver. Y comenzó a berrear, golpeándose contra la portezuela.

—Si parece que tuavía la quiero!

Mas, con postrar ronquido, el automóvil se perdió en el recodo tenebroso.

En los oídos de la Vituca que se quedaba desolada, —montón de cenizas de amor— sonaba aún la voz del Suncho:

—¡Camina!

El río, mugiendo, parecía balbucir lo mismo, desde la sima negra.

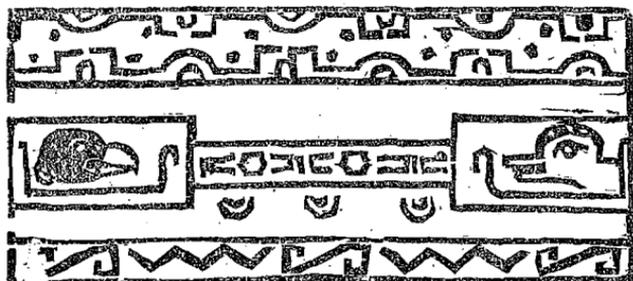
La Vituca dió el primer paso.

Hacia las sombras infinitas.

Por Camino Grande....



Revancha



LOS gallos de Sayausí cantaron agudamente.
Con bròncο chirrido, la puerta se abrió a la
mañana que se venía por las lomas.

—Ya es día.

—Cinco no más son.

—Ven rezar la Salve.

—Chachay!

—Frió hace, juín.

—Diunávez. . . .

—Elé.

Los gallos cantan con más insistencia.

—Burras comerían. . . no comerían. . .

—No sé.

—No te afijaste?

—Nó

—Ven rezar. . .

—Mejor, vamos dentro.

—Vamos.

La penumbra de la mañana envuelve los amancayes de la cerca en misterioso y leve manto.

—*Deos ti salve, Raina y Madre, Madre de...*

El coro se alza de todos los rincones de la choza tibia y fétida, con místico vigor, desde los pechos de los niños, de las mujeres, de los hombres, alabando las gracias del Dios de las chozas ruines.

—... *a ti suspiramos, los desterrados hijos de Eva...*

La Ramona moquea, con el niño en la teta, y sorbe ruidosamente. A las veces, escápansele suspirotos, hijos de pena contumaz.

—... *ruega por nosotros, Santa Madre de Deos...*

Sobre la barba abundosa y densa del taita Felipe, el abuelo ochentón, eurrédanse dos lágrimas pequeñitas, como el aljófara sobre el *salvaje* de las montañas grandes, que hace montañas mínimas en los nacimientos de diciembre.

—Bay. Yastá claro. Hagan cargas.

En otro siglo, fue ésta acomodada familia de arrieros. Hoy solo cuentan con dos burras por todo haber. Las deudas lo llevaron todo:

hasta el pegujal.

Se lía bártulos humildísimos, con cabuya. Cuatro mantas viejas. Las ollas. Una carga de arvejas tiernas. Dos ponchos de aguas.

—Traigan el linche para huashitar ollitas...

La mañana alborea, victoriosa.

—Apuren! Jesús! Va a ser juín tarde! Vamos llegar para oración!

Armaron las cargas sobre los lomos ultrajados de las viejas rucias impávidas.

—Y el Ujeño?

—Ya daver volado por áhi... Yadestar en quebrada, con pingullo...

—Diablo de tonto!

El Nico hace bocina con las manos:

—Ujeño!

—Ujeño!!!

Por detrás de la choza a medio emerger entre la claridad, pasa una sombra.

—¡Animal!

Un golpe seco en la cabeza del Ujeño, con la mano del Nico.

—¡Carajo! Mas duele manos en cabeza de este bruto...

La Ramona grita de adentro:

—¡Ay, queñijo dado máma Virgen! ¡Ni

pisando en oreja contentara!

El Ujeño sonríe y se le escapa una risuca idiota:

—Je...

La Ramona sale y amenázale con una piedra tamaña.

—¡Runaya!

—De... Deja, máma!

Taita Felipe interpónese.

—¡Quite, taita Felipe! Está viendo cómo llevan bestias, cómo mandan sacando de tierras, y él, ca, lo mismo... riendo... solo riendo...

El Ujeño hace una mueca feroz y comienza a ayudar al padre.

Taita Felipe, tosiendo, cubierta la cabeza exigua con pañuelo rojo, dice con voz tremante:

—Ya's horas, hijos. Ya's horas.

* * *

Los diez están fuera.

El camino orillado de pencas y amancayes, se despereza en curvas sinuosas.

—Vamos!

—Vamos!

Irían camino de la ventura.

A ninguna parte cierta.

Talvéz el primo José... Allá se dirijen.

Las rucias adelantan.

Detrás, la teoría astrosa.

Taita Felipe camina a saltitos menudos, apenados.

Todos callan.

Los maizales, con la primera brisa, reverencian un saludo rumoroso y disperso.

Taita Felipe lo escucha todo, lo atisba todo, lo siente todo en sus ochenta años, ochenta granos de maíz morocho, que han ido desgranándose uno a uno sobre esa tierra suya, sobre los caminos andados tras las bestias, mil veces; ochenta granos caídos uno a uno, dejando escueta la cenecía tusa de su vida.

—Ay, carajo, señor!

Taita Felipe ha caído sobre una piedra, con las manos garfiosas cubriendo el rostro.

Taita Felipe comienza a jipar, con angustia tremenda, un lloro seco, un lloro estéril, que apenas se sabe tal, porque cría rugas mas anchas...

—Ya malió el viejo. ¡Levante, taita Felipe!

El Nico, su hijo, ha torcido un gesto colérico.

—Levante, taita!

—Dejen, carajo! Yo sé andar más que ustedes. Yo hey andado toda mi vida....

El viejo llora con ternura.

—Jueces! Semehante jueces! zorros, en granero de pobres. Perros, en casa de ricos. ¡Cómo roban tierritas! ¡Cómo llevan mis mulas! ¡Ladrones!

La Ramona musita, apenada y dolorida:

—Elé.

Pero el Nico muge:

—No contestes, carajo! Viejo anemal. . .

La Ramona se calla, humilde como un perro. Y el Nico añade:

—Ramona. . . dejaremos mas bin a taita en algún posada. Viejo no ha de aguantar. Yo, tan, no hey de cargar al ruku. . . ¡Jay!

Luego, hundiendo sus ojos en la barba del viejo:

—Bay, carajo! deje de malmodiar, taital Camine! Ya es día!

—Nu hey d' ir. . .

Lejos, en la pampa, se acentúa el murmullo de la chacra rumorosa, en sazón. Suksus chocarreros silban en las matas, bajo el eucaliptal lejano.

—Bay!

El Nico se acerca y toma en vilo al viejo. Taita Felipe se resiste.

—¡Ladrones! Rematar mis tierras!

—Pero, taita, ya llevaron ps. Ya deje.
¡Qué, tan, hacer!

—¡Vos qué sabes! ¡Vos, tan, ocioso, comiste de balde! ¡Solo Ujeño ha estado siempre huañukta, en arado!

—¡Carajo!

En brazos del Nico, ardiendo en cólera, taita Felipe se deja arrastrar.

—¡Vamos!

—Vamos!—gritan todos.

Pero una voz torva, tremenda, ha respondido:

—¡Nó!

* * *

El Ujeño, hercúleo e imbécil, con ceño horrible por primera vez en su cara siempre sonreída, se ha interpuesto entre el padre y el abuelo.

—Elé! No quieres que vaya? Verás cómo vá: ¡Camine, carajo!

De un empellón, taita Felipe rueda por el suelo, haciendo sangre por las narices.

El Ujeño se esponja, como leopardo sobre la presa. Y, con el rostro congestionado,

desembucha, por fin, lo que guardó desde años atrás:

—Ladrones! Ustedes trabajado tierras? Ustedes cogido arado? Ustedes hecho cuenta-yo, como yo, toda semana? Ustedes aguantado como yo? ¡Ustedes sólo paseando en caminos!

Y luego, con risa horrible:

—Je . . . ¡Ociosos! Ustedes más bin robado tierras de agüelo, haciendo con juez, sin trabajar . . . ¡Ociosos!

—Aura sí, perro!

El Nico salta por sobre el inerte cuerpo del Felipe y ase al Ujeño por el cuello, apabullándole. Pero el Ujeño es roca de carne viva e inconmovible. Sus brazos son gruesos, como los troncos de los capulíes centenarios y vetosos como la raíz de la retama.

—¡Deja taita! ¡Cuidado!

—¡Perro! ¡Más quéres al agüelo!

—Sí, carajo!

Trompada briosa, estallante, envía disparado al Nico, que cae redondo sobre el cuerpo del taita Felipe.

Las mujeres chillan con los niños y comienzan a coger piedras.

Pero el Ujeño ha echado a correr a su

quebrada.

Lleva el pingullo seboso y querido e inolvidable entre la camisa, sobre el pecho.

El Nico se recompone. Se endereza. Ya está en pie.

—Taita.... Taita Felipe....

El viejo rezonga y mira, con ternura, la sangre que aún le mana, babosa, sobre la barba.

—Taitico....

—Hijo.... mas bin....

—No, taita. No siás malo. Perdona. Perdona al Nico....

El viejo arriero sonrío, apenado y triste; y luego, sentencia:

—Patada i' mula, hijo.

—Patada i' mula, taita. Deos castiga áhi miso....

—Pero a mí castigado en ochenta años. Yo no quise creer. Pero ya vidé, sobre mis canas, la maldición de taita Juancho Tacuri, mi taita. Ya vidé, hijo, aquí, contra'l suelo, lo que maldició mi taita, cuando pegué en camino de Naranjal, de mozo....

El pingullo del Ujeño comienza a gemir en la quebrada.

Ahora, ya caminan todos.



Pero el Nico se ha detenido. Y comienza a gritar, hacia la quebrada:

—Ujeño! Perro! Queda, queda, mejor, jodido!

El Felipe que lo ha oído, se adelanta menudico, menudico y murmura, solemne, a los oídos del Nico:

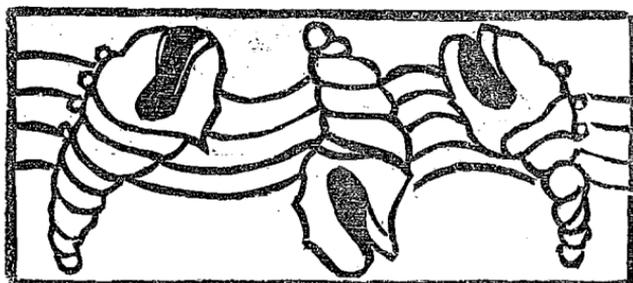
—¡No maldicias, hombre! Maldición, tan, castiga espíritu santo...

Pero la voz del Nico continúa:

—Queda, queda, carajo! Patada i' mula ti han de dar!



Patada i' Mula



CUANDO se casó —era huérfana— le trajo a su hermana Matea para que ayudara en el wasi—kama de la hacienda.

La Matea se resistió. Pero la Luisa le obligó, con jipos y lágrimas.

—Huambra tirno, tan, diablo ha de rempujar, si quedas . . .

Y la Matea tuvo que seguirles.

Se vino, pues, la Matea Nazipucha—india surampalteña, fresca como las jabas tiernas—donde el Rección Tamay.

Si taita cura de Déleg hubiera querido recibirla . . .pero él quiso que siguiera a su hermana.

Y, pues, era verdad que, como a donce-

lla, el diablo rempujaría.

Se fueron así, tras la pareja, a la Kañar dorada, sus catorce años reventones, como el canguil blanquito.

* * *

Porque la Matea odiaba —eso es— al Rección Tamay.

—Longo paki—palabra!

A ella fué a quien dió el primer regalo —huevos y quesillos frescos— esa vez, ese domingo de misa que ella recordaba ahora, en la plaza del pueblo. La Luisa solo miraba, con unos ojos sumisos de perro hambriento.

Después, en posteriores encuentros, el primer chambazo fué a la Matea.

Mas, a la tercera vez que se vino el Rección, la Chamba tocó en la anca de la Luisa. ¡Cómo no iba a recordar! Fué cuando lampeaban las coles...

Entonces fué, también, que la Matea se palpó las ancas: enjutas e incapaces aún. Y vió, con ojos torvos, los senos de la Luisa, pomposos, como los zambos macollados. Mientras los suyos eran, todavía, dos pepinos prietos, que aún no estaban tocados de sazón...

* * *

Desde entonces, la Matea quisiera que aquello —odio, nó?— como dolor de muelas pertinaz, que no cura ni el agua de malva ni el agua de hinojo ni la sal ni el vinagre, fuese más franco, más leal, más fuerte, más grande.

Capaz de aniquilar.

Por eso, no quiso ir con ellos.

Y, sin embargo, fue.

El día que madrugaron para el viaje largo, el Rección tenía una ruga en la frente.

Y la Matea había colgado el belfo.

Porque, la noche víspera de la partida, la Matea oyó jadear, desde su rincón de congoja, a los recién casados. Y porque los oyó jadear de modo cruento, lloró toda la noche, palpándose los senos incapaces.

Pero, ella se vengaría.

Cualquier día . . .

* * *

Ahora, a los cuatro años, la Matea tiene novio. Se lo ha dado el patrón.

Es un longo débil, carne enfermiza. Pero tiene tierras. Y no tiene deuda. Para que la tenga, el patrón le tiene adelantado un so-

corro para el matrimonio.

Se casarán después de los cortes.

Por los campos dorados de mies, comienza a escucharse los cánticos del *jahuay*, en la recolección del trigo. Las tugas, en bandadas, asuelan las espigas, colmando los buches. Setiembre llueve abundancia en el paisaje y en las trojes.

Mas, el Rección ha dado en ver con malos ojos el noviazgo de la Matea.

Cierta vez, borracho, se atrevió a decir al amo:

—Seoramo . . . ñiñitulla . . . No' hagas casar Matea con Lorencio. No sabe coger arado . . . Longo flojo, manavali, es . . .

Y se logró un puntapié.

Mas, a la noche, jadeó con más coraje en la oscuridad, sobre la Luisa, a que lo oyera la Matea.

Cuando los ojos se le cerraron, al mediar el deleite, en su mente apareció como un castigo la imagen, toda flor, de la Matea . . .

Mientras la Matea—núbil y tentadora—desgranaba su carcajada, bajo la choza, desde su rincón oscuro . . .

* * *

—*Jahuay! Jahuay! Jahuaylooo!*

Borbota, de los pechos, el refrán bronco, que augura abundancia e increpa el discreteo en el trabajo.

—*Jahuay!*

“¡Limpia! ¡Levanta todo! Que no quede espiga! Que no quede paja! Que el trigo rubio vaya a las trojes anchas de los amos!”

—*Jahuay!*

La bocina pone su nota melancólica que, a las veces, interrumpe el ronco mugido de la kipa prepotente.

Bermeja, la chicha, desde los putus, váciase en las bocas ávidas.

Se empeñaron hoy, a las seis de la mañana, los cortes, en la hacienda.

La borrachera también.

—Púray, longos!

El mayoral distribuye latigazos en los zamorros espesos. Las hoces rebrillan al sol matutino, ágiles, nerviosas.

Y la chicha entusiasmo los pechos, fluyendo de la boca estrecha del putu, a la boca prieta —barro cocido, sin barniz— de los peones.

—*Jahuay! Jahuay! Jahuaylooo!*



Entre las chaladoras, está la Matea.

De las rubias gavillas las indias recojen, al levantarlas los cargadores, las cabezas negras de los trigos.

La Matea, así, ha logrado carga apreciable.

Porque el Lorenzo, que es cargador, al levantar su gavilla, deja caer abundantes espigas. Y, con sonrisa imbécil, hace un guiño que la Matea desdeña.

Pero, el Rección lo vé. Y lo denuncia al Mayoral. Porque está borracho. Porque se robó un putu y lo escondió allá, abajo.

—Longo saltiador! Wasima!

De un chicotazo, el Mayoral raja las espaldas del Lorenzo.

El Rección suelta la risa.

—Saltiador!

Pero un chirlazo del Mayoral en la cara, hace brotar sangre de las narices del Rección.

Mientras la Matea, desde el grupo de chaladoras ríe también, ahora, estrepitosamente . . .

* * *

Al caer, la tarde de las espigas . . .

Kurikings gárrulas, pasan sobre los trigos y se pierden en lontananza, con las patas amarillas en puño a la cola.

La Matea también se ha ajumado.

Vino el Rección y le dió chicha.

Ella rechazó al principio, pero después aceptó, de grado.

Tuvo una idea

Y, ahora, esa idea cobra bríos y se vacía en carcajadas de juma incontenible

Porque ha vuelto a sentir—con la chicha, aquello como dolor de muelas pertinaz, que no cura ni la agua de malva ni la agua de hinojo ni la sal ni el vinagre.

Una idea perversa y risible, cerniéndose en la cabeza.

Por eso, a insinuación de su cuñado, se van—de huídas salieron, a la hora del almuerzo, con el putu henchido—hacia la quebrada del Ushku—rumi, cubierta de malezas, profunda, medrosa.

Tambaleaban la chicha.

Estaban alegres, casi.

* * *

—Kaipi . . .

—Kaipi.

Aquí.

Sí, aquí. Entre las matas.

La Matea lo conoce. ¡Claro que lo conoce! No habría de verles nadie, en^a aquel paraje.

—Kaipi.

La quebrada huele a frescura y rebosa de murmullos.

Los campos insinúan vagos rumores que se pierden en el vientre de wallo de la quebrada.

Mugidos borrosos pasan sobre la tarde como bolas de niebla, semejantes a las que se deslizan, pesadamente, sobre las cuchillas.

Las tugas murmuran estribillos de amor.

Huele, apaciblemente, un matal de hierbabuenas . . .

Es, seguramente, que rempuja el diablo. ¡Es él! . . .

Se miraron frente a frente. Sus miradas eran dos huarakas locas en el aire. Nunca lo habían hecho, desde que el Rección se casó.

Y, ahora, el Rección estaba tan cerca de la Matea, sobre la hierba del borde, que comenzó a darle miedo. Trató de apartar al Rección, que comenzaba a ponerle en la boca el acezido. Pero no podía. ¿Sería la chicha?

—Matea, veditalla . . .

—Deja, mañoso!

Pero, el peso del Rección sobre las ancas sedosas y prietas, exprimió lágrimas extrañas

a la Matea.

¿Sería la chicha?...

*
*
*

—Matea...

—Yáuh!

La Matea cierra los ojos. Y suméjese al fondo de sí misma. Allí se encuentra, como en la plaza del pueblo, con los quesillos frescos brindados por el Rección; y torna, mentalmente, a palpase los senos incapaces, como pepinos no tocados aún de sazón...

Pero vuelve a flote, abriendo una carcajada perversa, henchida de chicha loca.

Porque ella le quiso ver así al longo. Porque, ahora, mientras la Luisa se ajaba, ella venía ganando la hermosura de los trigales en cosecha. Y quería cobrar esa deuda vieja. Pero la cobraría de un modo

Al enturbiarse los ojos del mitayo, la Matea dió el brusco viraje, malográndolo todo. Después, con los muslos desnudos, pateó a fondo el cuerpo del borracho.

Y volvió a reír

En la profundidad se oyó un estrépito de zapallo que se raja.

L'alma del Pajonal





POr aquí, por esta interminable subida hacia el nido de los buitres, por los riscos hirsutos de "Las Torres", por este sendero que lleva —en contorsiones funestas— hacia el oquedal de Tipococha; acá, en un pliegue formado por un golpe de ola de la paja, he hallado un caballo solitario, una suerte de caballo en croquis: esqueleto y patas. Cuero, no. Es solo una grandiosa mata, genial producto del cerro.

Al pasar junto a él, no se ha movido. Está tieso, con el vientre combo, tal un puente colgante entre el Silencio y el Olvido.

Pero mi guía —que es hombre sabidor de cosas del viento, de la paja, de la humedad; que entiende de las calorías de la charla allí donde las mandíbulas se ensamblan, a los tres vientos, a las tres aguas: Absul, Paredones, Azuay— mi baquiano me dice:

—Este animal cuerre duro, niño. Intumido, sunsuyado no más es. No estará creyendo que es así. No. Si su mercé supiera lo q' izo. . .

Mi guía suspira y continúa, sorbiéndose:

—Boy a mosrarle, niño, lo que cuerre.

El caballo tiembla en la piel del anca, enjuta, nerviosa .

—Ajá, "*Motolo*"! . . .

Estrépito de cascos, sordo, piérdese por el lado de la barranca. Luego, abajo, en la cuenca, donde amplía la paja su eternidad, descúbrese algo como un pomo viejo de floripondio cayendo, vertiginosamente.

—Ya vé, niño. Aura, oirá lo q' izo.

*
*
*

En la inmensa altura del Absul, pasando Cebadas, taita Redrobán tiene un pequeño sembrío de habas. La paja, solemne y perpleja, rodea los terrenos roturados. Ha levantado, también, su pequeña choza de barro, para cuidar la sementera y cuidar de los elementos los años que carga. Aquí vive, desde que le arrebataron, a término de remate, sus posesiones de Pukarsol y Charcay, donde había trigo para sus hórreos y leche para sus queseras.

Después de dos años de aventuras tristes, en que perdió la hacienda y perdió la mujer, se ha reducido al miserable refugio.

Haciendo tibio el desamparo, a fuer de hombre.

—Coraje, tan, más que candelita es, para hombres. . . .

Y, con su coraje, plantó sus cuatro huap—sayes, cogió del lodo negro del páramo y cobijó el armatoste con un mechón de la rubia cabellera de la puna.

Sintió el soroche, varias veces. Pero, no se arredró.

—Viejo, tan, aunque muera, ps.

Y se quedó en la paja.

En el corazón mismo del pajonal.

* * *

Porque no pudieron llevárselo todo.

¡Claro! ¿Por qué se lo iba a dejar?

Por eso, está aquí su "Motolo", el jamelgo brioso que supo esconder ante los ojos de los acreedores.

Porque—eso sí, carajo!—sabía quillcar y hacer revolver a los jueces.

—Pero, iqui rieu! "Motolo", ca, no pudieron botar saltiando . . .

Mas, el "Motolo", como no quisiera participar de las miserias del amo, comenzó a andarse, de rancla, entre las hierbas que crecen a socaire de la paja.

Y un día vió pasar, a lo lejos, en mañana soleada de verano cerrero, la manada piafante que parecía invitarle a desplegar las piernas.

Las yeguas cerreras, las jóvenes yeguas de la altura, daban su relincho múltiple y cristalino al día, destilando vigor y belleza, con las crines flavas a los cuatro vientos: Paredones, Cebadas, Absul, Azuay. Las yeguas cerreras, las yeguas jóvenes de la altura pasaron, raudas, frente a los relinchos del "Motolo".

Entonces, el "Motolo" mascó la sogá.

:

Porque el "Motolo" fué uno de los caballos más hermosos, más ágiles, más inteligentes de la comarca donde vivió taita Redrobán. Había que ver cómo manejaba las coces en las vaqueadas y rodeos, cómo sacaba el cuerpo al culebreo de la veta, cómo avizoraba el ataque del toro enfurecido. Y después, cuando en la plaza de Cañar entraba enjae-

zado —de alquiler a los chagras domingueros—el braceo, el resoplido suyo, ponía orejeras a todas las yeguas. Los leopardos que rasgan a los toros de las “puntas”, cuando los caen, desde el pescuezo a la cola, con “Motolo” tenían que ver.

Después, taita Redrobán resolvió no alquilarlo. Era en sus buenos tiempos. Allá, cuando—bien lo recuerda— enseñó a corcovear al bruto de tal manera, que solamente él —viejo morocho— supiera quedar a flor.

Y como el “Motolo” resultara caballo tan inteligente, en breve tumbó jinetes blancos que trataban de abusar de su amo.

Así lo dice, al menos, la comarca. . . .



A taita Redrobán, con todo, repugnóle siempre que su “Motolo” fuese un caballo del todo enamorado. El rijo perdía a su animal. Así fué desde cuando, potro, le sacó al galope.

Así era cómo, en Charcay, a lo mejor descubriale en un potrero cubriendo una yegua ordinaria. ¡El, su “Motolo”, un caballo de silla! . . .

Taita Redrobán montaba en cólera y apaleaba a la bestia.

Pero el "Motolo", no se curaba.

—Ese, ca, es único maña. . . .

* * *

Si en sus tierras el "Motolo" portárase tal, en el cerro, en la inmensidad libertaria de los pajonales, era irreductible. Apenas si salía amadrinado con el "Pedernal", el viejo caballo, padre de algunos potros que vendió bien el Taita Redrobán.

El "Motolo" andaba remontado.

Esta última vez, taita Lorenzo tuvo que caminar harto entre la paja y, en un relíano, echarle el lazo al "Motolo". Para eso se hizo acompañar de su compadre que, a las veces, visitábale, viniendo de viajes a Tipococha.

El taita Pedro Quimbay.

Y, con el remonte, al "Motolo" crecióle el rijo.

Era natural: la yeguada del cerro era dueña absoluta de sus consumaciones, en número de mil y más. Había desplazado a todos los potros reventenes.

Por eso, la yeguada tenía cortadas las

orejas, a punta de los mordiscos del "Motolo" que, cuando quería cambiar de paraje, enarcaba el lomo, abría las narices, daba tres coces y se hacía seguir por la tropa innumerable de las hembras a donde él quería...

De ahí que, para taita Redrobán, era difícil copar al "Motolo".

Porque, además, mascaba la sogá...

* * *

El compadre Quimbay le ha dicho a taita Redrobán que ese animal no tiene remedio. El compadre Quimbay, al tratar de convencer a taita Redrobán, ha dado en la flor del negocio.

—Cumpa Lorenzo: caballo no vale. Caballo mañoso, mas bin debes vender.

—Yo, ca, vuelta, qué hago con plata?

—Compra vaca con leche. Eso, ca, mejor es.

—Ay déje, vida—shungu. Caballito, tan, bin istá hacindu viejo en poder de patrón....

—Pero lehecita, tan, sabroso es en gaznate. Si quieres, cumpa Lorenzo...

—Osté, ca, tendrás buenos vacas?

—Dos peroles, punzha—cuenta bota

mi moronga. Si quieres cumpa Lorenzo. . .

Se trabó el negocio.

Irían juntos a sacar al "Motolo."

—Pero eso sí, con un cundición, cumpita. . .

* * *

Se lo trajeron. Ahora estaba aquí, junto a la choza, dando vueltas briosas en la estaca.

—Eso, ca, es cundición?

—Eso, cumpa Lorenzo.

—¡Ja ja ja! Entonce, vai trayer altamisa y aguardiente. Poede golver pasado mañana. Si nó, ca, "Motolo" ha de joder. Luna, tan, quizá no dé. . .

—Nu hay necesedad, taitico. Yo ca, envejecido en eso.

Tumbaron al "Motolo" .A poco, el bárbaro tasajo. Un chorro de sangre tiñó las hierbas de la choza.

Los cuatro vientos del pajonal —Absul, Paredones, Azuay, Cebadas— lleváronse el alarido hacia los parajes donde las yeguas ariscas quedaron esperando la vuelta del "Motolo".

—Aura, sí, que vaya no más. . .

Taita Redrobán, con las manos temblorosas, quedó mirando, con mirada bronca, la palpitante carnadura.

—Que vaya no mas a potrero, aura sí...

Y se le rodaron dos lágrimas.

Esa noche, el "Motolo" ya no tuvo para qué mascar la sogá.

* * *

Celebraron el negocio.

La moronga y el "Motolo". Paktashka...

—Aquistá aguardiente. He, he, he... yo no quise no más decir, cumpa Lorenzo...

—Diablo de juato!...

Pero, al llegar a la torinera y media de haber trasegado, comenzaron a brotar lágrimas en los ojos de taita Redrobán. Y comenzó, también, a irritársele el cuajo.

—Cumpa Pedro: nuay negocio...

—¡Y lo que "Motolo" yastá capado!

—Masqué.

—¡Y lo que ya no vale para yeguas ni para osté... je...

—Masqué, carajo!

Trueno formidable, acompañado de fu-

cilazo deslumbrador, acoquina a los dos hombres, agazapados junto al escaso fuego.

—Va caer tempestad. Noche, ca, negro 'stá. ¡Aura, ca, ganadito morirá ps!

—Otro año, rayos mataron diez vacas...

—¡Oyá!...

Los rayos y los truenos retumbones, amedrentan horriblemente. Lejos, sobre un montículo, se suceden chispas horribles, como si apuñalearan la tierra, como si quisiesen quedarse en ella sembradas, de una vez.

—Aláuh! Santa Bárbara doncella...

Los indios se signan, medrosos, haciendo cruces parsimoniosas.

—De veras! "Motolo", ca, no vaya a morir en aguas!

—Ricin capado, ca, puede acabar.

Taita Redrobán comienza a inquietarse en la choza. Sale a la puerta y silba, silbido extraño. Lo hace varias veces; pero solo la tronazón formidable responde desde las cuchillas lejanas. Taita Redrobán viene, paso lento y solemne, hacia el cumpa Quimbay.

—Cumpa Pedro...

—Jáuh?

—Vamos potrero, cumpa.

Cumpa Quimbay tuerce el gesto.

—Anquemos “Pedernal” para ir. Vidi-talla....

El taita Redrobán lo dice, resuelto.

Lejano, junto a la voz del trueno inmenso de los cerros, se ha escuchado un relincho múltiple, un piafante acezido heteróclito que a veces es clamor de angustia y otras grito de guerra...

* * *

—Anquemos “Pedernal”...

—Anemal viejo, ca, es. Noche, tan, escuro ‘stá.

—No sea jlojo, culpa Pedro. Runa viejo, ca, ¡atatay!...

Taita Redrobán siente torcérsese el corazón. Y los ojos se le encienden, a las veces, en cólera.

—Partida de yeguas espantadas, por llano de frente cuerren sin juín. Vamos ver “Motolo”. Ha de querer ir siguiendo...

El Cumpa Quimbay vacila, temblando.

—Pero juín llueve y ganado ha de estar espantado. Ha de botar tropellando...

Los rayos se suceden. Es la paja, un alarido unánime que significa la furia con que mu-

gen los elementos.

—Vamos, carajo! Aura mi acompaña u si nó....

.....

El "Pedernal" dió el primer trompición, hacia el paisaje agrio, inaccesible, irritado.

* **

—No parece. Mas bien golveremos, cumpa Lorenzo. . .

Los rayos dibujan rasgos trágicos, de color violeta, en los rostros rebrillantes de agua. La paja silba, como nunca, su canción salvaje.

—Aquí, tan, cerquita estuvo. ¡Potrero cerca es éste!

Se arrastran, en el cielo, culebras mackanchis de fuego.

—Golveremos, cumpa. Veditalla. . .

Cumpa Quimbay es un azogue.

—Nó!

—Caballo daver corrido, espantado.

—Aura mor de cojer. . .

Lejos, en la inmensidad del pajonal trepidante, queda la luz de la choza. Gritos de aves asustadas, escúchanse, borrosos. Huele la tierra a moho, a lodo, a pantano.

—“Pedernal”, tan, va manquillar...

El viejo jamelgo resopla, impaciente.

—Aláuh!

Relámpago tremendo estalla cerca, en un repecho, dando, allí mismo, tres puñaladas de fuego.

—Aláuh! Yeguas, tan vienen! Vamos! Vamos!... Han de matar, tropellando!

* * *

Tal suena la homérica estrofa, al trueno del cielo, acopla su estruendo la tierra.

La tropa salvaje y arisca del casco se escucha en la noche.

Las yeguas hurafñas, las yeguas cerreras, acuden, nerviosas, en busca de abrigo.

Ejército inmenso que asoma a distancia como un huracán; y crece en murmullo y crece en sonido y crece en estruendo y crece en estrépito y crece en cadencia monstruosa, tremenda, que finje que el cielo se cae de bruces, que el alma aterida de toda la tierra se sale de cuajo y, torpe, comienza a correr por la estepa y que es cual si todo el torvo paisaje corriera al galope, al galope, al galope, por sobre la paja que silba y que reta y que une al relincho coral de la tropa salvaje, el

grito, el silbido, el canto, la rima, el tierno vagido, la suave cadencia, la voz gemebunda, el eco sonoro, el gran alarido del Cerro que siente, por sobre sus lomos, el bronco galope que atruena y azota y empuja y golpea piafante.

Avanza y avanza y avanza la tropa salvaje de yeguas cerreras perdidas en lóbrega noche de rayos y truenos, en la amplia llanura que tiende el Absul solitario . . .

* * *

—Los mitayos son así, niño. Dan la vida por los animales.

En el ambiente se insinúa un sol borroso, tímido, enfermo, como un botón de concha-perla en la muselina de la niebla.

—Cuando los vientos se cambéan, vienen tempestades juertes. Esa noche, habían muerto, del rayo, más de doce yeguas.

Por sobre la mole de "Las Torres", se ve merodear un gavián que grita con escándalo su cobardía, castigado por un raudo killilliku.

—Todo, tan puede ser, niño—responde el baquiano a un razonamiento mío—pero mitayos son mitayos . . . ¡Muy bestias son! Pero

¿cómo ha de creer, ps, niñito, que gente racional ha de dejar matar por la yeguada, sólo por buscar un caballo en el potrero, a esas horas? ¡Padre mío!

El frío asedia. Una lagunita, a la derecha, resume en luz el pensamiento rubio del pajonal.

—En la laguna de Culebrillas encontraron los cadáveres. El “Motolo”, amañado a guiar a las yeguas, les había llevado, esa noche, por la casa de Taita Redrobán. Toda la yeguada había ido jalando. ¡Dizque era de oyer, niñito, la juria de esos anemales! Al galope tendido había cogido la manada a los runas en el potrero, enancados en el “Pedernal”. Y así, cogiendo al caballo en la mitad, habían corrido, mordiendo, pateando, hasta botar en la laguna.

Vuelvo a mirar hacia abajo. El “Motolo” se ha perdido de vista.

Hinco, ahora, con bríos, la espuela en la ijada. “Las Torres” atan sus graníticas y monstruosas testas con girones espesos de neblina. El musgo, amarillo, la paja, amarilla, huelen en la raíz, en los vasos, en los ápices.

El viento ulula en mis oídos. El viento me trae un relincho lejano, que se pierde en

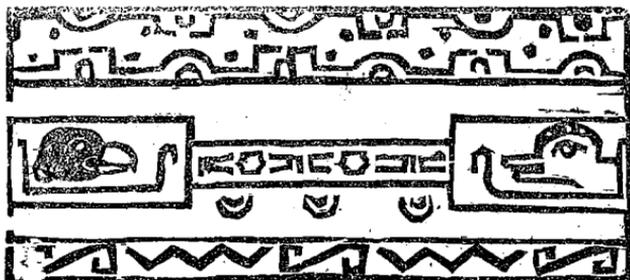
el repecho.

Eres tú, "Motolo". Ahora sé tu nombre. Ahora tienes, en mis páginas, un sitio; lástima que ya nó al abrigo de las ancas sedosas ni las crines flavas. Porque—oye tú, "Motolo"—tú eres

—Sí, niño. L' alma del pajonal. . .



Dinamita



TARAREANDO en hoja de capulí baja el Hilario Sukitana desde la ladera donde fue a traer agua para llenar la piedra hueca en que se abreva el menudo pueblo del corral.

En la carretera se encontró, a la ida, con la Mária, la hija del tío Juanshi de allá arriba de la colina. La Mária dobló la cabeza sobre un hombro, sonrió casi humilde, bajo la tarde parda y sombrosa y viró por el portillo, tropezando. El Hilario se quedó con una suerte de mueca apenas insinuada en el belfo.

El Hilario se puso a caminar. Poco después, con el glu--glu del agua a las espaldas y el falsete de la hoja de capulí en la boca, arrimó el wallo al poyo para descargarlo.

Pero lo había arrimado al poyo de la casa cenceña y olorosa a leña de eucalipto de



la Mária.

—Rona elevado, tan, para qué viené ps.

—Equevocado, ps, viditalla.

Y luego, mirando los ojos torcidos de gracia de la Mária:

—Mamassitulla . . .

La Mária hace un esguince en las caderas, estremeciendo los veinte años turbulentos del Hilario; y añade:

—No conocerá, ps, camino!

—Agüita, tan, regando 'stá. Por eso, ca, vine pedir pukoncito para wallo—tapita.

Luego, con mirada casi perruna:

—Buenmocito, seño Mária. . .

—Y osté, ca, quién es? No es cuñado de compa Ramón Makancela?

—Nuu. . . Yo, ca, separado es. ¡Acaso no conoce, ps, viditalla! Yo, ca, Hilario Sukitana, después de Deos para server a osté. Ladera de frente tengo tierritas, casita. . .

Y agregando, con intención:

—Yontita, tan, tengo, qui dejó herencia mama Dulitu. Taita Deos, para qués, bendiciado bien tierritas. Cada año bota maicito, alberjitas, hasta camotito da, con riego. Pare-so, tan, harto rieguito tiene posesión.

La Mária hacía muecas de recordar.

—Después, ca, mis tierritas.....

.....
 Al día siguiente—domingo—la Mária hízose encontradiza con el Hilario Sukitana, en el pueblo.

Ya, en la cantina, el indio joven y rico, dijo estentórea y casi altivamente:

—Veinte con agua, patrón! ...

* * *

Esto ocurrió, para el Hilario, hace seis meses. Ahora, mientras en los descansos de entredía manda golpes de mashka a la boca, hasta reanudar las faenas del trabajo público en que jornalea, ha vuelto a recordar a la Marica.

—¡Alaja era Marica!

Se acuerda que le llevaba las jabas con quesillo, cuando había que ir a sacar el riego de la hacienda, lo cual era tan pesado que, si no hubiese tenido el consuelo de su presencia, aunque sea por encargo de su madre, la Alike, el Hilario habría ido a pedir plata en otra parte, para pagar esa deuda. Porque la Alike estaba convencida de que la Mária era buena y que haría de dulce y trabajadora woar-

mi para su Hilario. Por eso, la Alika pidió al patrón de la longa que los casara. El amo accedió y la Mária empezó a recibir los regalos del Hilario: dos tupus de plata, dos ukunchis bordados, huallkas y zarcillos, polkas, rebozo y paño gualaceño. . . .

—Hasta comesoncito, para cuerpito vacío..

—Je, je. . . no diga. . .

—Después dí vaquita negro, que daba perol y medio. Después, mandé dejar borreguito merino; para carnaval, diciendo. . .

—¡Semehante ha regalado, ps!

—Pero quiere saber como portó, longa mañosa?

* * *

Tras la parva de kalcha del patio grande, se han colocado. El Hilario los vió, desde temprano; pero está disimulando. Ya los halló lanzándose tusas del desgrane, cuando vino del río. Ahora, los iba a esperar arriba de la quebrada.

La tarde se descuelga en rizados de amaranto por entre las colinas y viene a caer de bruces sobre la perezosa humedad de las vegas.

Por la playa se escucha un son de rondador lejano, que estremece y arruga la paz del crepúsculo. Gritos dispersos se escuchan, que vienen de tras de los amancayes o de las lomas con choza, parva y árbol de capulí.

Alzado del trabajo, sube a su casa el Hilario. Así lo ha visto la Mária que se quedara, con pretexto. Pero, habría de subir también, por el mismo huaiku. Por eso, el Hilario, junto al árbol frondoso de la colina, se ha apostado, al disimulo.

Las tórtolas, en bandadas, pasan garruleando hacia el cerro de en frente. De los murmullos que dejan, dispersos, en la quebrada, hace la noche su jaculatoria panteísta.

—Mária, kushitica, no cases con Hilario. Longo rico, pero juín bruto es. Ha de botar huareando.

—Osté, ca, no sabes nada. Osté, ca, solo abrazar y coger senos no más aprendido. . . ja, ja, ja! juaturuku. . .

—Buquita, tan, michug—michug está haciendo de puro ver osté. . .

Camina la pareja, con lentitud propositada. Los chilchiles olorosos, se agazapan en los rastros que sueñan. Suksus alborotados vuel-

lan, peleándose, entre los eucaliptos.

Por entre dos altamisas, ganan la emi-
nencia el **Luis** y la **María**.

—Quieres casar conmigo, **María**? Patrón of-
recido posesión, en Jornoloma. Allí mos de
parar casita. . .

El longo fornido, ha cogido a la **María**
en el último reducto del deseo.

—Casaremos, **María**. . .

El viento de la era se llevó la promesa.
Y un murmullo fatigado comenzó a palpar
en el tamo rubio y tibio.

Pero, del capulí cercano, salió un gemi-
do, como de tórtola.

El **Hilario**, agazapado, inició su estrépito,
en el falsete de la hoja de capulí. Después,
gritó, desde lejos:

—Longos mañosos! **Aura**, ca, verán.

Y lanzó la primera piedra, de las recoge-
das en el poncho.

Pero los longos corrieron.

* * *

—Dende áhi, ca, vine trabajar en carre-
tera.

—Y osté no cóbró al longa todos rega-
litos?

—Ayer juí onde taita curita, pedir que antes de hacer casar al Mária con el Luis Markatoma, haga gomitara todo el que dí. Pareso ofrecí a taita cura que lleve todo el regaios del Mária... ¡Mamitico! El, tan, necesita para iglesia...

—Y que dijó, ps, taitito?

—Que va deser al patrón del Markatoma. Patrón, tan, aura Puleteco es...

—Heemm... Quin sabe!

Los indios se ponen atentos al oído. Golpes de un riel, a la distancia, indican la hora de reanudar el trabajo.

—Harto peña cayó, aura, con semehan-te rico tirurucus que dado.

—Todo tarde ha de coger mano limpia da. Botar peñas al río, tan, trabajo es...

Sudorosos aún, los peones alzan las picas, las palas, las barras, acuden, de diversos lugares, a la trocha que se abre en el Tahaual.

A la hora del almuerzo, grandes pedazos de pizarra cayeron al abismo, al empuje de la dinamita. El cañón, inmenso y torvo, repitió broncamente el alarido de la roca descuajándose en su carne milenaria.

Acá ha venido el Hilario, desde hace quince días. Però vino con una idea que después

se hizo propósito firme.

—No molestes, caramba. Ya te voy a dar gusto. Pero antes, tienes que manejar las carretillas. Después, ya veremos cómo se te enseña a trabajar en las varaminas.

—Deos se lo pague, patrón.

—Se necesitan hombres racionales en el manejo de la dinamita.

—¡Claro, ps, patrón! Yo, tan, racional parece, patrón. . .

El Hilario sonríe, agradeciendo las palmeadas del "watchman" en sus espaldas; pero, cuando el hombre vuelve caras, una ruga amenazante dibújasele en la frente.

* * *

—Te he dicho que nó. Tienes que hacer devolver esa vaca, esos regalos, al Hilario. Trae acá, al convento. Yo le he de dar no más a él.

Luego, pasándose el pañuelo vueludo por el cogote atocinado:

—Además, ya saben ustedes que estoy en fábrica. La Iglesia no puede quedar así como está, por falta de cumplimiento de ustedes. En estos tiempos, cada mitayo es mas tramposo que otro. Hace ocho días les pedí que

trajeran en lo que puedan la ayuda para la fábrica. Y hasta ahora, dos o tres han cumplido.

Después, con gravedad de versículo:

—Los derechos de matrimonio valen, por última disposición, cincuenta sucres.

Todos los ruegos del Markatoma se quedaron en el aire. La Mária y él recibieron las puertas en las narices.

—Si no pueden pagar ¿para qué se meten a casaderos? Ahora, vayan a ver quién puede casarles sin mi licencia....

—Bueno, ps, taitito. En 'ts voy decir así a patrón....

Y se fue.

El amo —Jefe Político de Cantón— escribió al cura una tarjeta.

A él —decía el papeluco— no le gustaba meterse en asuntos de indios; pero, como tenía tan buen corazón —Ah, sí, su corazón era de grande como un Tahual— quería intervenir en ese matrimonio; nó precisamente porque aumentara un jornal más en su hacienda, sino porque —claro!—la moralidad de las costumbres, el deseo de que haya paz, el bienestar de la "raza vencida".... Por lo demás, lo que había dado el Hilario a la Mária, no valía la pena. En eso coincidiría en

criterio con el señor cura. Quedaba a su servicio y... "*Honor y Patria*".

Contestó el cura.

Su paternidad tenía el mismo deseo que Usía. Moralidad, buenas costumbres. No eran derechos lo que él pedía. Si había dicho algo, era refiriéndose a unos miserables regalos que el Hilario había hecho a la Mária y que éste indio —como todos— se empeñaba en recoger, así fuesen polleras o paños íntimos. (Su paternidad hacía un chiste más o menos bocachil en este período de la carta.) Nó, no. Qué derechos podía cobrar él? Apenas si quería retener unos veinte sucres, hasta que traieran la vaca, el borrego y las prendas del Hilario; porque era muy natural que se asegurase los intereses del indio calabaceado... Por lo demás, estaba para servir a usía, como afectísimo amigo y capellán.

¡Ah! Otrosí: Usía disculparía el papel, por estar el convento en extrema pobreza...

—Lleva esta carta. Pero, antes, deja los veinte adelantados. Ya sabes: si no traes los treinta o un garante, no hay matrimonio. Y ¡ay de tí si llega a saber algo tu patrón! Si quieres, puedes firmar un documento.

Entregó la carta que el Luis Markatoma

recibió entre esguinces cobardísimos. Y agregó:

—¡Ah, mitayos más brutos, barajo! Tánta majadería. . . ¡Anda ligero!

—Aquí 'stá, plata taitito. Deos se lo pague, taitito.

—Ahora sí, con licencia, puedes ir a casarte en Gualaceo.

—Deos se lo pague, taitito.

El Markatoma dejó, entre reverencias ruínas y profusas, el cuarto del cura que se quedó oloroso a rapé y a restos de vino.



Hoy, a las doce, deben pasar para el casorio.

Estuvo fija la fecha desde hace veinte días.

El Hilario, con el cartucho de dinamita hurtado a la bodega, espera ansioso.

Con el tiro que diera, en el momento preciso en que el cortejo se pusiera a bordear el sendero fragoso, enterraría a todos dentro de una mole imensa de pizarra y granito.

Nadie sabría quién dió el tiro.

Porque nadie, tampoco, habíale visto jalar el cartucho y la mecha.

Después de verificarse todas las explosiones, las cuadrillas permitirían el tráfico inmediato. Entonces, él, prendería la mecha en cuanto calculara que la Mária y el Luis Markatoma estaban debajo... al pie...

¡Cómo se reiría después, desde arriba, y cómo haríase el compasivo y asustado abajo!

Porque aquella perforación abandonada daría buenos resultados. La abandonaron, precisamente, por peligrosa. Temían no poder desalojar fácilmente tanto material.

* * *

Al mediar el día, golpes del riel ordenaron la retirada. Habíase de empezar por los tiros de batería. La gente comenzó a dispersarse.

Cuando no quedó un solo poncho rojo en la travesía, algo como si el mundo entero se descuajara dejóse escuchar en el cañón inmenso del Tاهual. En el remansado río, con chasquido vigoroso, fueron a caer astillas de la peña martirizada. Esquirlas de pizarra, enormes, alcanzaron a tocar, en vuelo raudo—tal bandada de buitres torvos—la granítica mole contraria. Luego, la gran humareda fué des-

pejando poco a poco. Pasada la hora del almuerzo, reanudarían la labor las carretillas, las barras, las varaminas, las palas, las camionetas.

Mas ya los indios que almuerzan el mote las jabas y el ají, han escuchado, hacia el puente del Descanso, un rezongo sordo y acompasado.

Un bombo.

Los indios han aguzado el oído y sonríen. Algunos hay que bailotean, ante el mantel y los comparsas.

El Hilario, entre los riscos escarpados, sintió agitarse el corazón, y vaciarse, como de tinaja colmada, esa pena podrida, que le temblaba dentro, como la gelatina en las fuentes de cristal del cura del pueblo.

*
*
*

El cartucho era fresco. La mecha también. Ya los había probado —como le enseñaron— haciéndolos arder, desmenuzados.

Ahora estaba ya perfectamente taqueado el agujero que abandonaron los ingenieros. ¡Y cómo quedaba tan al borde!

—Aura veremos, carajo!

Por la cinta estrecha y medrosa del sen-

dero, el cortejo bordea ya el río, caminando entre el gemido del violín y la voz cascada del bombo, que es un panzudo viejo verde embromando, chocarrero, a la novia.

El Hilario los miraba abajo, hacia la cima y pareciale contemplar una "conquista" de hormigas montaÑeras. Y sonrió. Pero se le alcanzó el color amarillo del ukunchi de la María y apartó los ojos. Más abajo los puso. Hacia el río. Después, los paseó por enfrente, llegando, hasta el final del cañón, hacia la confluencia, en donde estaba la loma solitaria, con la solitaria cruz en el ápice.

El Hilario se santiguó. Y miró al camino. No había nadie. Estaban debajo, seguramente.

Después, corrió hacia un lado, prendiendo la mecha.

Y se santiguó otra vez.

* * *

Como un bramido de volcán fue la explosión.

A cincuenta pasos de distancia del cortejo, una gran mole de pizarra y piedras se descuajaba, entre espesa humareda. Una as-

tilla vino a caer muy cerca.

—Cuerre Mária! Piedras han de aplastar!

—Cuerran! Cuerran! Otro, tan, han de reventar!

El cortejo entre risotadas y bromazos, emprendió al galope, perdiéndose en el recodo.

Bajo una plancha enorme, las piernas; y solo libre la cabeza, se ha encontrado, entre sangre y tierra, el cuerpo mutilado del Hilario Sukitana.

* * *

Los vientos del Tahual —canes encerrados— ladran en las cumbres y en la sima pávidas.

—Ve, ps, Mária: Allá abajo, en jondito, lindo es bañar....

—Cierto?

—¡Yentónce!

La india, menudica y togada, hace un esguince y tuerce los ojos.

Mas, de nuevo, el Luis a la Mária:

—Dos solitos, en jondo ¡zín! ha de hacer cuerpito....

—Longo juato!

Por último, con lúbrico ademán, a la oreja, festonada de mullos amarillos:

—

Y la longa, con cachondo reproche:

—¡Malcreado! mejor botara augando, yendo hacer en jondo semehante cosas.



Emoción furtiva

JRE en busca de Eduardo.

Me dicen que está enfermo. No es raro.

Salgo. Una punzada de frío. La brisa mañanera me ha besado la cara. Aspiro el aire fresco, como gozándolo.

He aquí la puerta. Empujo. Se abre.

El escalerucho del cotarro, fúnebre, negro . . .

Arriba, el cuarto. Llamo. Nada. Entro . . . Ambiente dormido, abrigado, con tibieza humilde, desolada.

Eduardo duerme. Es justo, goza.

Registro la alcoba con los ojos nerviosos. Un camuco triste, negruzco. Ropas en desorden. Una silla con cuartillas desperdigadas.

En ella la Pravazt.

Me acerco cauteloso, en puntillas . . . Eduardo suspira, se mueve. Me dejo estar quieto, escuchándome solo. Veo un cuaderno sobre una

mesa desvencijada. Voy allá. Eduardo guarda un silencio despavorido. Diría que ha muerto.

Abro el cuaderno . . . Me tiemblan las manos. Vuelvo a cerrarlo. Miro a Eduardo. Miro el cielo que conmigo se entró también por la puerta.



“Viernes.

La tarde llovida, cruenta.

Pesadumbre . . .

Una ansia de soltar la vida inquieta como un mastín que pugna por liberarse.

¿Hasta cuándo ha de ser este tiritar, este ovillarse en sí mismo, este agazaparse como un pájaro, este miedo del alma que es cintila como estrella humilde?

Metido en mi gabán, he ido a la calle.

El comerciante. El cochero. El corredor.

Las sirenas . . . Ruido, ruido infernal, insoportable.

Quiero vivir, quiero sacudirme, quiero pasear, en trashumante ademán, mi carne forastera, enfermarme de alegría, borbotar canciones por las gárgolas de mármol de mi heladez interna, elevarme en mi emoción, man-

dar el alma en ella, como el iris en la fragilidad inminente de la pompa de jabón.

Ando, ando.

Mis zapatos sobre la acera gozada de lluvia dan voces húmedas, torturadas.

Me miro los zapatos, me palpo el vestido, me palpo el gabán salpicado de puntos negros, me palpo... Yo.

Yo, esta cosa que anda, que se mueve que palpita; que está tibia, fresca, en su funda, que se controla, que funciona tenebrosa e irremisiblemente regular, como una máquina de engranajes precisos, matemáticos... YO! YO!

He querido huir. He querido refugiarme. He querido gritar... Y no he hecho nada. O poco menos: he pensado en mí.

La cosa tibia, animada, piensa.

Dentro la caja redonda, hostil, de mi cráneo—a donde, por estas esferas de cristal huraño que a veces se cubren de un agua pura, penetra la vida—dentro de esta ánfora dura y frágil a la vez, debe estar embutido, apretado, gris, horrible, repugnante, asqueroso, como en conserva, el cerebro... Allí los Centros, las Matrices, las Retortas donde el Pensamiento que pienso se macera, se elabora, se consume y no se agota, en perpetui-

dad de fénix, cuerpo magno que no es cuerpo, delicuescencia atómica de lo que es sin ser, del efecto sin causa aparente, de la Nada que se sutiliza y es Algo y es Todo, y es la introspección y es el análisis y es la vida y es el individuo y es. . . pues ésto también que me digo, que me susurro para mis adentros, casi con asco.

Mis ojos miran aquí y allá.

La calle, cubierta de grava, con sus casas inmóviles que la enderezan como para no dejarla huír, la calle con su multitud que hace olas, con su viruela de puntos que son hombres como yo, hombre, con su corriente precipitada, me hace pensar en el émbolo de un sistema hidrostático monstruoso, que impela ese humor denso, esa suerte de sangre espesa, coagulada, negra. La calle es una aorta que debe partir de un corazón.

Buscaré ese corazón.

El corazón. . . Me agito, me ahogo, estallo por la garganta, por las sienes. . . ¡reviento!

Andaré más paso.

¿Por qué no prodigarme a todos, por qué no atropellar con mi figura los ojos ajenos, las miradas oblicuas del mendigo, las miradas ingenuas del hombre extraño, las incitantes y

pedigüeñas de la vendedora del paraíso en lotes?

Me miran, me miran todos.

Esa ventana, abierta a la trascalle, me ha mirado como una comadre estúpida.

Ese autobús, mirándome con sus farolas, ha chillado como un cerdo.

En un escaparate sonrío una muñeca, mirándome.

El fanal de la esquina me parece la córnea de un ojo invisible.

Cada arco de los soportales, una ceja que ampara miradas perpetuas. . .

Me torturo. . . Me arrojo. . . Me impelo. . .
Me disparo, mis pasos son más frecuentes. . .
¡He comenzado a correr!



Al cruzar una esquina, me ladra un automóvil.

Y desde el "tonneau" una risa fina, incisiva, de mujer.

Una boca de mujer que reía.

He creído escuchar la risa loca de mi pena, que hubiese también salido a pasear, sorprendiéndome como a un ladrón.

Pienso en la risa. Un sacudirse de membrana, un restirarse de músculos, un entreceñirse de ojos, un vibrar de las zonas histérogénas. . . ¿Y ésta es toda la alegría? ¿Y ésta es la resultante máxima de la paz anímica? ¿Y es ésta la maravilla del hombre que tiene encías y dientes, como los demás animales, pero que, para ponerse por encima de ellos, ha dado en enseñárselos? . . .

* * *

—¿Eh?

—Sí, yo misma, Eduardo.

—¿Así como así?

—He querido salir. He querido rodar. Eso es. ¿Me acompañas?

Subo.

Mi mano tiembla entre la suya leve, enguantada. Comienzo a gozar su mano.

—Pues. . .

—Pues nada ¡A coger rosas! ¿Te gusta la idea?

Lleva una piel blanca que la besa en el cuello moreno.

El *rouge* de sus labios me llama a pensar en las rosas.

Iremos a cogerlas, ahora, en la campiña, a retozar la vida gris en el paisaje gris, llovido, hostil.

La belleza cruda de esta mujer, entrándoseme por los ojos, me los desgarró voluptuosamente.

Partimos.

Bufa el motor, como una entraña torturada.

La cinta de la carretera se ciñe a la garganta del campo que siente el gozo del agua.

Las *balloon* regordetas, van vaciando los ojos perplejos de baches y aguazales.

Se ensancha el pecho y el corazón quisiera ser un chirote en la humedad de las vegas. . .

—Seis años. . . seis, querido Eduardo.

Es verdad. Seis años hace a que ensayamos por última vez la sonata. El piano, el violín, la velada amable, el ritmo, la cadencia evanescentes, horas como palomas ingravidas, notas como pétalos que fuesen nevando, nevando, a la luz de la lámpara de laca, roja, semivelada, junto a los jazmines agonizantes. Luz, música, perfume, líneas en armonía exquisita, filigranada, era la estructura sutil del paraíso que se fue de bruces, de repente.

—No, no. Amor, no. Emoción fué aquello que tu alma estilizó hasta hacerla sangrar dulzuras y quiso aprisionarla para que fuese muriendo, para que triunfe tu dolor y vuelva a hincharse, como una pústula maligna . . .

Su voz, ahora, es ténue, delicada.

Cada palabra que se escapa de su boca es una mariposa herida en la ala tierna, por un trompazo de huracán.

Hemos llegado.

Saltamos.

Su fino cuerpo, de línea perfecta, llega hasta mi hombro.

Su perfume —perfume de ella— se envuelve en mí, con torturas de ofidio.

Los molles lloran el paisaje hecho rocío.

Es un llanto que se armoniza con este gemido interno.

El jardín.

En los arriates se doblegan los rosales opimos, cuajados de rosas como corazones. ¡Oh, Diciembre, con tu navidad de rosas y tu belén de capullos!

Los macizos entiesan sus espaldas verdes y los abetos quieren asir el cielo con sus dedos escuálidos. El agua se deshilacha en la fronda, fría, cristalina, muda, gozosa.

Las manos han empezado a pasear por entre las cabezotas de los rosales. Al ver tronchar esa rosa, he sentido la mano fina estrujándome el corazón tenebroso.

—La vida tiene maldades refinadas: nos pone, de repente, como un guiñapo al viento, en la arista de la casualidad y nos deja estar allí, ultrajados, en la tortura de su amaño...

Su voz tiembla, solloza.

Desfallecida, la tarde, se apoltrona en las cumbres.

Un viento fuerte azota los alisos que hacen hucha del agua en los troncos.

Volvemos. Nos ahogamos en rosas.

—Siento verdadera pena, Eduardo. Mira: yo no quise coger estas rosas, yo no quise venir contigo... ¡Pobres rosas! ¿Por qué ellas han de pagar con su vida un capricho de la vida?

Las rosas tiemblan, apretadas en su seno.

Hemos henchido de rosas el coche.

Una espina punza el dedo de ella. La sangre mana, abundosa. Quisiera mi boca paladear esa sangre que, asomando en su mano, me trae seguramente el mensaje de su corazón; tener ese líquido rojo dentro de mi boca, como estuvo dentro la víscera, hace un instante... Creo que la besaría el corazón.

En la carretera larga, se recuesta, fatigada, el alma de la tarde.

—Cada gota de agua encierra todo el cielo. . .

—¿Verdad? Pues, con el rocío de las rosas ¿cuántos cielos hay entre nosotros?

Su risa va trazando en el ambiente una parábola de plata.

—El cielo, una gota de agua. . .

—El corazón, una gota de sangre. . .

Reímos locos, hundidos entre las rosas, que nos hacen pensar en el regreso de un viaje que hubiese sido nupcial.

—Oye: el rocío nos trae el cielo y esa gota de sangre me muestra tu corazón.

El carro fatiga y tortura su pulmón de acero.

Ríe.

Río.

Nuestra risa es fuego de artificio alumbrando horizontes y va nevando de confeti inaparente el sendero recorrido como en el más loco instante del más loco carnaval.

La carcajada del motor atruena el aire. A veces salta el carro como en una pirueta de clown. . .

Las rosas todas entreabren sus pétalos

como labios. . . Las rosas ríen con nosotros. . .

—¡Si siempre se estuviese viajando!

—¿Y no lo estamos siempre?

Detrás del coche galopa un perro que ladra a la máquina estallante.

¿No será que anda suelto el mastín de mi vi”

Cierro el cuaderno que cae en la mesa como un sollozo.

Eduardo se ha movido.

Tiemblo.

Salgo con cautela.

En la puerta, he dado un trompición.

Me asusto.

Suspiro.

Fumo. . .

Diciembre, 1929.



.....
.....
.....
CUNETA
.....
.....
.....



Las tres

SON tres.

Carmen Leticia, Rosario Esther, Mercedes Victoria.

Tal los nombres, por partida doble gastan donaire, pujo, cadencia.

Las hallé esta mañana por esos caminos.

Como se halla, a las veces, caracoles bajo el sol.

Me interesó su sonrisa púdica, su talante garboso.

Reí. Se volvieron a mirarme. Una—la mejor ataviada—escupió por un diente de oro. Las demás bajaron la cabeza.

El padre, una figura venerable de Laoconte envejecido.

Las he desnudado mentalmente.

Después me he arrepentido de haberlo hecho.

Su carne en agraz ha despertado en mí el ímpetu.

El pié menudico, menudico, con pasos de paloma, luce zapato charolado con filigrana blanca que ahoga suavemente el rosado talón, el pétalo del pié enfundado en la media de seda.

La *chagra* del Azuay nuestro tiene especial pulcritud en el cuidado de sus pies.

Es pulcra, por lo general.

Olorosa.

A nuevo.

A fresco.

A limpio.

Casi diríase que sabe—de saborearla— a carne jugosa de pepino, a carnadura de tomate, con picantececes del ají pauteño.

Ligeramente alzada la sobresaía de paño verdinegro, va coqueteando el bordado chocarrero de la bayetilla de azafrán con las flores del cercado, cuya fiesta de colores se encima en la agria catadura de las pencas.

La cinta violeta sacude la brisa mañanera en la blusa que sonríe al sol.

Sonrisa de flor de amaranto.

El sombrero de toquilla encaja, en su marco breve, el rostro blanquirosa de cada cual.

Son apellidos vascos ¡quien lo creyera! los suyos. Jiménez. Ochoa. García. López. Y viven

—tal los montañeses pirinéicos—en suerte de vecindarios tribales, sin atracción, ya que nó con repulsa cordial, para los centros cívicos.

Miche Victoria habla de la feria.

Rosario Esther despotrica una carcajada sonora, que asusta al patriarca y lo enfada.

Carmen Leticia brinda labor, con el panal de su sonrisa, a la abeja del beso.

Tres rubios cabellos de sol chuquipateño.

Tres amancayes esbeltos que deambulan, florecidos.

Tres matas de retama que caminan, ole-dizas a amanecer serrano.

Chuquipata —lo dijo Sapay Inka— *vallé de las lanzas*.

Chuquipata—lo digo yo—canasto de flores. De flores del cercado, que después se las ve frutecidas.

Pomo de fragancias ázimas.

La flor del gullán, roja.

La flor del amancay, roja.

Retama.

Geranio.

Menta.

Carmen Leticia.

Rosario Esther.

Mercedes Victoria...

Bajo la sombra
de los molles

BAJO LA SOMBRA DE LOS MOLLES

Acá, bajo la sombra de los molles,
el alma de la tarde está sentada
junto al camino que se dió de bruces
y cayó—retorcido— a la quebrada,
entre las pardas risas de los mirlos
y el coquetón suspiro de la albahaca.

Acá, bajo la sombra de los molles,
se espía a la montaña
ordeñando el silencio
que trisca en la maleza, con las cabras.

Acá, bajo la sombra de los molles,
es donde la quietud está acodada,
donde el sol—que madura los ocasos—
es un chugo cernido entre las ramas.

Acá, bajo la sombra de los molles,
se oye la noche que en los cerros bala,

cuando el viento pastor tamborilea
rebañando las nubes y las vacas.

Acá, bajo la sombra de los molles,
—encintada de trinos capulíes—
tu boca es una rama
de durazno, mecida
en un ritmo granada
por los vientos octubres del suspiro
donde el chirote de mi beso canta!



Margen

—El uso de las letras *w*, *ss*, inglesas; y *k*, ha sido ejercitado por el autor de manera discrecional, considerando la procedencia y características fonéticas de ciertas palabras y en momentos la estructura eufónica de algunas frases.

—En ciertos diálogos, como en *Barro de Siglos* las excelencias de expresión del Kichua han tenido que ser sacrificadas al español, por requerirlo así la natural índole de la obra. Conversaciones hay, en algunos cuentos como el citado, que han sido, pues, vertidas al español. No obstante, el lenguaje híbrido de otros diálogos no hace relación a lo anterior.

—Numerosos errores ortográficos y tipográficos sustanciales y aun alteración de palabras se han deslizado en este libro, tales co-

mo sol en vez de cielo; Haairapungu en lugar de Huairapungu; amo, por como; vitriola, por *vitriola*; remendando, por remendando; imensa, lucesita, arver-jas, arverjal, que se lee varias veces; acezido, tuzado y otros más, que el lector discreto habrá de pasar por alto.

—El autor agradece a la H. Junta Administrativa del Colegio Nacional “Benigno Malo” y, especialmente, a los señores Rector, doctor Daniel Córdova Toral, y Vice—Rector, doctor Carlos Alberto Cuesta V., por su gentil deferencia —digna de ser imitada para con la juventud en establecimientos iguales y, más aún, en los de categoría universitaria— al ceder la imprenta del Plantel para esta publicación.



INDICE

OFERTORIO	Pág. V
Barro de Siglos	„ 9
Rosa del Cercado	„ 37
Boca Adentro del Barranco	„ 47
La Kipa en la Noche	„ 61
Como los Leopardos	„ 73
La Culpa Eterna	„ 87
Una Luz en el Cerro	„ 103
La Verduguilla	„ 119
Pol Camino Grande	„ 135
Patada i' Mula.	„ 153
Revancha	„ 165
L' Alma del Pajonal	„ 177
Dinamita	„ 195

RINCON

Emoción Furtiva „ 215

CUNETA

Las Tres „ 231

RECODO

Bajo la Sombra de los Molles . . . „ 239

Margen „ 243

Fin

EN OCTUBRE
DE 1932
ACABÓSE
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO.